

Resplandeciendo en la oscuridad

Los temas de portada de la presente edición fueron impartidos en un retiro nacional de jóvenes, realizado recientemente en el sur de Chile, en pleno 'estallido social'. Nuestros jóvenes, fortalecidos por el Señor, lograron desafiar las circunstancias y acudir a esta preciosa convocatoria.

Publicamos algunos de estos mensajes confiando en que serán de edificación y advertencia, no solo para la juventud, sino para todo el cuerpo de Cristo.

Es conmovedor ver cómo los eventos de estos tiempos ya fueron anticipados en las Escrituras. El Salmo 2 dice: *«¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan cosas vanas?»*. Y la respuesta se apresura: *«Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: rompamos sus ligaduras y echemos de nosotros sus cuerdas»*.

El lenguaje bíblico define con exactitud el caos social que hoy se vive en muchos lugares del mundo, más allá de lo que podría definirse como un simple descontento por la injusticia social: en último término, la rebelión del hombre se dirige contra Dios, su Creador.

En la hora de prueba que envuelve al mundo entero, los siervos del Señor debemos «ceñir nuestros lomos con la verdad» (Ef. 6), inclinar nuestros corazones ante la autoridad soberana de nuestro Señor, y procurar hacer más claro el anuncio del evangelio a una sociedad en tinieblas.

La responsabilidad de los creyentes en tiempos de agitación social.



Viviendo en los días postreros

Rodrigo Abarca

“

También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”.

– 2 Tim. 3:1-5.

Los eventos ocurridos en estos días en nuestro país generan muchas preguntas; las pasiones y los ánimos están agitados. Ahora, ¿cómo respondemos los hijos de Dios en estas situaciones? Por supuesto, la luz para los creyentes está siempre en la palabra del Señor.

Las palabras de Pablo a Timoteo representan lo que el apóstol entendía de parte de Dios respecto a cómo la sociedad viviría en los últimos días. El Señor les decía también a sus discípulos: «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos» (Mat. 10:16). O «guardaos de los hombres» (Mat. 10:17).

Sin duda, el testimonio constante en la Escritura es que, en la medida que nos acerquemos a la venida del Señor, los tiempos se volverán cada vez más peligrosos. El Señor Jesús mismo dice que, hacia el final de los tiempos, *«por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará»* (Mat. 24:12).

Él describió los días finales como un tiempo de confusión, de conflicto, de tumulto, de agitación en las naciones. Creemos que estamos llegando a esos días y que la venida del Señor está muy cerca. Esto se está manifestando en nuestro país y en muchos otros lugares del mundo, por diversas razones.

Dios gobierna la historia

Necesitamos comprender el mundo en el cual vivimos. Estamos convencidos de que Dios gobierna la historia, y aun detrás del aparente caos, el propósito divino lo está controlando todo. No es que Dios sea causante de los sufrimientos de las naciones, pero Su voluntad siempre prevalecerá. Esta es una convicción que todo creyente debe tener. ¡El Señor reina! Dios no ha perdido el control de la historia.

Apocalipsis 6 muestra el momento en que el Cordero abre los sellos del libro donde está contenida la volun-

tad de Dios para la historia. Al abrir los sellos, la descripción bíblica de la historia humana no es benevolente. Los cuatro jinetes del Apocalipsis, al principio, destruyen la cuarta parte de los habitantes de la tierra. Pero eso es solo principio de dolores, el comienzo de las tribulaciones para el mundo.

Luego siguen siete trompetas que intensifican los sufrimientos de la humanidad. Es destruida la tercera parte de la vida humana, y finalmente, las siete plagas, que son las copas de la ira. La Biblia no ha prometido paz para las naciones. No hay ninguna promesa de paz y tranquilidad para el mundo.

«Pero los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos» (Is. 57:20-21). Esta afirmación es definitiva, es un juicio, una sentencia. Mientras el corazón del hombre permanezca en rebelión contra Dios, no habrá paz.

Debemos ser realistas respecto de la situación del mundo. En un mundo caído nunca habrá paz o justicia definitiva; porque el corazón del hombre es como un mar tempestuoso, fragmentado, partido por tensiones interiores. Y esa falta de paz en

el corazón se traduce en ausencia de paz para el mundo.

La influencia de la fe cristiana en Occidente

¿Cómo responde la palabra del Señor a lo que ocurre en el mundo? Durante los últimos 1.500 años, el mundo occidental estuvo gobernado por una visión teísta de la vida, desde que el cristianismo se volvió la religión dominante en Occidente, a partir de la ascensión del emperador Constantino al poder en el año 300 d.C. en el Imperio Romano.

La fe cristiana ejerció una enorme influencia en la sociedad y la cultura de Occidente. Y aunque hoy tal influencia está minimizada, sigue siendo un hecho que Occidente es, con mucho, fruto de las ideas teístas del mundo judeocristiano. Por supuesto, otras ideas también cooperaron en esto, como la filosofía griega y el derecho romano; pero el cristianismo tuvo un rol esencial como elemento aglutinador.

Las sociedades humanas funcionan en torno a ciertas narrativas esenciales o maneras de entender el mundo que son compartidas por las personas dentro de una sociedad. Ellas determinan la manera en que los hombres actúan, lo que ellos consideran correcto o incorrecto.

Esas ideas esenciales, no necesariamente explícitas, suelen ser asumidas de manera inconsciente. Entonces cuanto más homogénea es una sociedad en torno a esas narraciones esenciales, más integrada será esa sociedad. Por lo tanto, desde el punto de vista de la ley y del gobierno, se requiere menos ejercicio del poder y menos leyes para gobernar tal sociedad, porque todos comparten, de manera implícita, los mismos valores y normas de la vida general. Eso es la *cultura*.

Dios sustituido

Sin embargo, en el mundo occidental, tal visión aglutinadora comenzó a fragmentarse a partir del siglo XVII con el inicio de la Ilustración. Este es el comienzo de lo que los pensadores llaman la modernidad. Nosotros la usamos en el sentido de lo que es actual. Pero, en el sentido histórico, es un periodo de tiempo específico, en el cual una visión del mundo comenzó a ser sustituida por otra antagónica, especialmente en medio de las élites intelectuales, y de allí pasó a las cúpulas políticas.

En la visión cristiana del mundo, todo está explicado como creación de Dios. Dios gobierna todo. La vida solo tiene sentido a partir de la voluntad divina, y la autoridad divina

es suprema para la vida humana. Sin embargo, en esta nueva visión, Dios fue sustituido por la razón humana. Eso es un gran cambio.

Para entender el mundo moderno necesitamos saber que en la actualidad, en Occidente (Europa y los pueblos que fueron colonizados por los europeos), producto de esta fragmentación que ocurrió a partir del siglo XVII, hay tres grandes cosmovisiones que compiten entre sí.

Necesitamos entender el conflicto de fondo. El choque entre los seres humanos comienza a nivel de las ideas. Las ideas crean sentimientos y los sentimientos generan pasiones y acciones, de modo que lo que las personas piensan define lo que ellas sienten y lo que están dispuestas a hacer o dejar de hacer.

Choque de cosmovisiones

En la actualidad, Occidente está viviendo un verdadero conflicto, como un choque de placas tectónicas. Es un verdadero choque de cosmovisiones antagónicas y excluyentes. Éste comienza al nivel de las ideas, y esto, en algún momento, baja hacia todas las personas, y entonces comienza el conflicto.

James Davison Hunter, un importante sociólogo cristiano, en la década

del 90, escribió un libro llamado *Guerras Culturales*, que se tornó en el lenguaje común para describir lo que ocurre en la sociedad contemporánea. Las guerras culturales, en el fondo, son el choque entre diferentes cosmovisiones, en todos los ámbitos: político, jurídico, académico, comunicacional. Y en algún momento, ese conflicto se traslada a las calles y a la sociedad entera.

¿Cuáles son esas cosmovisiones? La primera fue el antiguo Teísmo cristiano, que homogeneizó la cultura occidental. Esta visión ha sido radicalmente cuestionada. Y entonces en oposición a ella se levanta otra cosmovisión, el Naturalismo, muy extendida y arraigada en Occidente, en particular en las élites intelectuales, en las que controlan los medios de comunicación, y en la política.

El Naturalismo

¿Qué es el naturalismo? La idea de que todo lo que existe es la naturaleza o el mundo físico material. Toda la realidad puede ser explicada en términos de fenómenos físicos. Las leyes de la física, la química, la biología, son todo lo que existe, lo que ha existido y lo que existirá, y no hay nada más.

Si eso fuera verdad, no hay espacio para la existencia de Dios. Y si no hay

Dios, tampoco hay valores ni principios morales objetivos absolutos a los cuales todos deban someterse; éstos no serían más que fenómenos sociales, históricos, culturales, cambiantes y subjetivos. En otras palabras, cada ser humano crea sus propios valores a su gusto, ya sean preferencias subjetivas o convenciones sociales.

Esto cambia radicalmente la manera de entender la vida y el mundo. Los cristianos creemos que existe Dios, y que existe una ley moral que ata a todos los seres humanos al cumplimiento de ella, y que define el bien y el mal para todos. Ella está dada por Dios y por lo tanto es objetiva, es decir, no depende del gusto, de la intención, de la situación, ni

na, y hoy permea todas las esferas de la vida humana.

El problema de fondo es un conflicto de cosmovisiones. Y en la gran discusión de los valores morales, el trasfondo es el mismo. Si Dios es el autor de la vida humana, entonces él tiene el derecho de definir qué es el hombre y qué es lo bueno y malo para el hombre, y nadie más.

Pero si la vida es producto del azar, de la evolución, sin propósito y sin destino, entonces los valores humanos son meras invenciones y cada cual puede, teóricamente, establecer su propio sistema de valores.

La cosmovisión naturalista, que define la vida humana como meramente material, establece además que

Nosotros debemos ser fuente de bendición para los hombres; nunca de conflicto, sino siempre de paz.

aun de la comprensión que se tenga de ella, y es eterna.

En la visión naturalista no hay espacio para una ley moral. Incluso los naturalistas más extremos niegan la existencia de cualquier ley moral de ese tipo. Ahora ese conflicto que comenzó en las élites pensantes se fue difundiendo de manera paulati-

la ciencia es la única forma de conocimiento válido; por tanto, los únicos que pueden hablar con autoridad con respecto a la vida humana son los científicos. Podemos observar esto a diario en la televisión. Cuando hay algún tema de interés, se llama a los «expertos», normalmente los científicos. Incluso, si hay que tratar un tema religioso, no lla-

man a un pastor o a un sacerdote, sino a un sociólogo en religión, un experto en religión. Esto es grave, porque una de las grandes limitantes de la ciencia es su falta de autoridad para hablar sobre valores morales.

El discernimiento del bien y del mal no forma parte del conocimiento científico. Entonces los valores morales se vuelven subjetivos y caen en la esfera de discusión del poder. Así, todos los valores morales se vuelven causas políticas, que se votan a favor o en contra. Y esto nos lleva a un tercer contendor en esta guerra de cosmovisiones: el Posmodernismo.

El Posmodernismo

¿Qué es el posmodernismo? Originalmente había dos grandes cosmovisiones en conflicto en Occidente: el teísmo cristiano y el naturalismo.

El naturalismo tiene como autoridad suprema la razón humana, capaz de conocer y de dominar el mundo a través de la tecnología.

Éste contiene la promesa de que a través del conocimiento científico y de la tecnología desarrollada a partir de ello, el hombre será capaz de someter la naturaleza y producir la paz, la felicidad y el bienestar de la sociedad.

Basta leer a los pensadores del mundo de la tecnología para darse cuenta que esa promesa sigue vigente. Hace poco uno de estos pensadores escribió un libro llamado *Homo Deus*, donde plantea que a través de la ciencia y la tecnología el hombre se tornará un dios y finalmente logrará superar todas sus limitaciones, complejos y sufrimientos.

Sin embargo, en el siglo XX, la confianza ciega en las capacidades de la razón humana de liberar al hombre del dolor a que está sometido, llevó a uno de los experimentos políticos más horribles de la historia, encarnados en la ideología del nazismo, basada en la idea de que la razón puede ordenar totalmente la vida humana.

Los nazis estaban convencidos de que el hombre era producto de la evolución, y que ésta produce hombres o razas superiores a otras. Y como la teoría de la evolución plantea la supervivencia del más fuerte, entonces la raza superior estaba destinada a eliminar las razas inferiores. Y con esa justificación terminaron con la vida de millones de personas.

Pasado el horror de la II Guerra Mundial, algunos pensadores comenzaron a cuestionar la supremacía de la

razón, y a pensar que, al darle tal poder a la razón humana emancipada de todo valor moral, ésta podría hacer lo que quisiera, hasta terminar en aquellos horrores destructivos. La autoridad de la razón humana fue impugnada radicalmente, dando origen a una nueva corriente: el Posmodernismo.

El Posmodernismo se caracteriza por una desconfianza total hacia la razón humana. Ya dijimos que las sociedades humanas se organizan en torno a actos narrativos o explicaciones de la realidad. El postmodernismo dice que todas las meta-narrativas son falsas; lo que hay en el fondo son verdades particulares de grupos que están en conflicto entre sí. Cada cual tiene su propia verdad particular. Nadie puede explicar la vida humana. Y eso incluye al naturalismo, pero también al cristianismo.

En esta corriente hay personas que no confían en la razón, en la tradición o en ninguna forma de autoridad externa. Ellos recelan de todas las formas de autoridad, incluyendo la autoridad de Dios, de la Biblia, de la iglesia, pero también de la autoridad de la razón, de la ciencia y de toda otra forma; porque sospechan que todas ellas son opresivas y llevan a la destrucción de la vida humana.

Del "yo creo" al "yo siento"

El posmodernismo pone en primer lugar los sentimientos. Los sentimientos y los deseos son la verdad absoluta y que nadie tiene derecho a discutir los puntos de vista personales. Vemos esto en la manera de hablar de la gente. Años atrás, cuando alguien quería expresar una idea, decía: «Yo creo». Luego, se dijo: «Yo pienso». Pero hoy día, ¿cómo hablan las personas en general? «Yo siento».

Lo que yo siento es la verdad absoluta. Nadie puede juzgar mis sentimientos y mis opiniones. Aquel que trata de hacerlo, está cuestionando mi propia dignidad humana. En esta nueva cosmovisión, cualquier cuestionamiento es una ofensa, una opresión; y su reacción espontánea es la ira, la indignación.

Por eso podemos ver que en este mundo postmoderno las personas no logran siquiera conversar entre sí. Todo se vuelve un diálogo de sordos, en que cada uno grita su opinión sin oír al otro, porque por definición la opinión del otro ya es opresiva hacia mis ideas y mis sentimientos.

Por ejemplo, la premisa máxima que se oye como una constante en el cine y la TV, la verdad final en una

situación, definiendo lo que es verdadero y lo que no es, dice: «Sigue tu corazón». Lo correcto es hacer libremente lo que cada uno siente.

Mucho de esto vemos hoy, sobre todo en la llamada generación de los *millennials*.

En el siglo pasado, prevalecía una cosmovisión más bien racionalista moderna; pero la mayoría de los jóvenes hoy asumen una visión postmoderna, donde los sentimientos son la verdad final y absoluta acerca de la vida humana. Las personas sienten que ya no hay valores, no hay sentido para la vida. Entonces solo se busca vivir, satisfacer los impulsos y los deseos, como si eso lo fuese todo.

Esas son las tres cosmovisiones que están en conflicto en el mundo moderno y que están, por decir así, generando gran parte del caos, porque obviamente son visiones irreconciliables entre sí.

Si miramos la discusión que hay en este momento en nuestro país, los jóvenes hablan desde los sentimientos, desde sus emociones, y los adultos tratan de hablar desde la razón moderna. Pero no hay diálogo, no hay puntos de encuentro, porque son dos maneras radicalmente distintas de ver el mundo.

Procurando la paz

Ahora, ¿cómo podemos nosotros insertarnos en esta sociedad, y cooperar con lo que ocurre, desde el punto de vista del Señor? Me gustaría revisar un pasaje en Jeremías 29, que me parece de suma importancia para avanzar un poco en este tema. El contexto es una carta que Jeremías envía a los judíos cautivos, oprimidos bajo el dominio babilónico.

«Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas; y multiplicaos ahí, y no os disminuyáis. Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz» (v. 4-7).

A fines del siglo IV, frente al colapso del imperio romano y de la sociedad de su tiempo, San Agustín escribe su libro *«La Ciudad de Dios»*, donde describe dos grandes ciudades paralelas que coexisten en la historia, pero que en realidad son totalmen-

te opuestas: la ciudad de Dios y la ciudad de los hombres; la primera, constituida por los que aman a Dios y le sirven, y la otra, por aquellos que no aman a Dios.

En Apocalipsis tenemos dos ciudades: la nueva Jerusalén, que desciende del cielo de Dios, y Babilonia, la ciudad enemiga de Dios, figura del sistema del mundo. La primera va avanzando hasta la consumación final, y será la nueva Jerusalén. Y la otra es Babilonia, la cuna de la idolatría, la cual será destruida.

El pueblo de Israel cautivo en Babilonia representa, de alguna manera, la posición de la iglesia en el mundo. Ella está en el mundo, pero no es del mundo. Nosotros vivimos y crecemos en la ciudad de los hombres. Tenemos hijos, construimos casas, ejercemos nuestras profesiones, pero en un lugar que no es la ciudad de Dios, sino más bien una ciudad rebelde a Dios.

Pero la palabra del Señor para Jeremías es: «*Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz*». Esto es lo que dice Dios, porque una opción para los judíos allí era simplemente rebelarse contra la opresión que estaban viviendo. Pero el men-

saje del Señor para ellos es que sean de bendición y de paz para esa ciudad.

Si lo trasladamos al mundo moderno —y la palabra del Señor siempre es para la iglesia—, nosotros debemos ser fuente de bendición para los hombres; nunca de conflicto, sino siempre de paz. ¿Cómo ser de bendición a una sociedad que no está redimida? Pablo dice: «*Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres*» (Rom. 12:18).

Es decir, somos agentes de la paz divina en el mundo. La palabra original es *Shalom*, más amplia que la paz entendida como ausencia de conflictos; significa la armonía esencial de la vida humana, e incluye la idea de justicia.

El gobierno establecido por Dios

Con esto en mente, veamos algunos textos para entender cómo los cristianos podemos ser de paz en medio de un tiempo de agitación. Un asunto fundamental a considerar es la autoridad o gobierno humano. Es un tema conflictivo, que agita las pasiones. ¿Qué nos dice la Escritura sobre el poder y sobre la política? En primer lugar, la Biblia declara de manera enfática que todo tipo de gobierno humano no es una mera

invención del hombre, sino una institución establecida por Dios.

Necesitamos comprender esto para alinearnos con el reino de Dios en las situaciones humanas. El gobierno es una institución dada para representar la autoridad de Dios. Veamos algunos pasajes:

«...porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia» (Rom. 13:1-5).

«Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra» (Tit. 3:1).

«Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al

rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos» (1 Ped. 2:13-15).

Estos pasajes muestran claramente que la institución del gobierno humano viene de Dios, con un propósito específico. La palabra autoridad, en el griego, significa la intervención humana para imponer decisiones. Ahora, ¿de dónde viene la institución divina del gobierno humano?

«Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón ... Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra» (Gén. 6:5-6; 11-12).

La primera consecuencia de la caída del hombre fue que Caín se levantó contra su hermano y lo mató. En la tierra no había gobierno, no

había jueces ni había leyes. En la historia posterior ya no es solo Caín matando a su hermano por envidia, sino que sus hijos multiplican la maldad y la violencia al punto que uno de ellos dice: «Si Caín fuere vengado siete veces, yo seré vengado setenta veces siete»; es decir, se responde a la violencia con una violencia multiplicada.

Esto generó una espiral que llevó al mundo antiguo al colapso y a la destrucción. Eso es lo que se describe en el Génesis en el tiempo del diluvio. Se piensa que aquel era un tiempo de suma corrupción moral, pero la Biblia lo describe más bien como una época de gran violencia entre los hombres.

Dios decidió destruir la tierra con un diluvio y comenzar de nuevo con una familia: Noé y sus hijos. Sin embargo, aunque destruyó una generación maligna, el mal persistió en el corazón del hombre, pues el pecado está arraigado en el hombre caído.

La función del Estado

Al terminar el diluvio, Noé salió del arca. Génesis 9:6 registra el pacto de Dios con Noé. *«El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hom-*

bre». En esas palabras, Dios instituyó el gobierno del hombre sobre el hombre, para limitar la violencia y la maldad del corazón humano, para poner un límite a la maldad.

El mundo previo al diluvio colapsó porque no había gobierno. Debe haber una autoridad que juzgue y castigue la maldad. ¿Por qué? *«Porque a imagen de Dios es hecho el hombre»*; es decir, porque la vida humana tiene un valor intrínseco, inviolable, y debe ser protegida. El Estado ejerce esta función dada por Dios. Si los hombres son dejados sin gobierno, se matarán unos a otros.

Lo hemos observado en estos días. Cuando las personas perciben que no hay autoridad, se vuelven como animales, salvajes y agresivos, y violan las leyes. Los creyentes debemos saber esto; no debemos ser ingenuos. Dios ve el corazón humano; él sabe de la maldad de la cual es capaz el hombre. Cuando no hay riesgo de ser castigada por sus actos, la gente se desenfrena. Por eso Dios estableció el gobierno.

La idea del Estado moderno, la separación de los tres poderes, el imperio de la ley, el contrato social, que nos parecen ideas eternas, recién surgieron en el siglo XVII. Los teólogos cristianos descubrieron en la Bi-

blia tales ideas, las cuales después se secularizaron. Una de esas ideas es que el hombre natural es violento, y que el gobierno restringe esa violencia permitiendo que los hombres puedan vivir sin destruirse unos a otros.

Los pensadores de la Revolución Francesa, en una visión naturalista, proclamaban lo contrario. Por ejemplo, Rousseau sostiene que el hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe. Esa es la idea humanista; pero el hombre no es bueno por naturaleza. Aunque puede hacer cosas buenas, el pecado sigue presente. Los hombres no son buenos por naturaleza; por eso necesitan ser redimidos.

El Estado tiene la función de castigar a los malos e impedir que la violencia natural dañe a otros hombres, promoviendo el bienestar y protegiendo la vida humana. Pero eso tiene enormes limitaciones. Uno de los grandes mitos seculares es que el Estado es capaz de producir la justicia, la felicidad, la paz y el bienestar. El gobierno humano requiere el uso de la fuerza para coaccionar a las personas a cumplir la ley y a vivir de manera pacífica y armoniosa. El Estado puede coaccionarlas para hacer lo correcto; pero no podrá lograr

que estén dispuestas a hacerlo de manera voluntaria.

El único que puede producir un hombre nuevo es Cristo. Jesús rechazó sistemática y deliberadamente toda forma de relacionamiento con el poder político. En aquel tiempo había agitación política. Él vivió en una nación sometida al abuso y la injusticia de un imperio opresor. Sin embargo, rehusó involucrarse en una acción política, porque sabía que la justicia no es producto de ningún poder humano.

La justicia viene como fruto del reino de Dios en el corazón humano. Los cristianos creemos en la justicia, y vemos que este mundo es injusto y abusivo. Estaríamos ciegos si no lo reconociéramos; pero la palabra de Dios dice que la respuesta no está en el poder político, sino en el poder del evangelio.

La justicia de Dios, por medio de la iglesia, puede impactar a la sociedad, no por el poder político, sino con la fuerza del Evangelio. Este poder ha producido más justicia que cualquier sistema político en la historia. Y eso, los cristianos necesitamos saberlo, crearlo y defenderlo.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en noviembre de 2019.

Asumiendo nuestra posición en Cristo, en días tumultuosos.



Sobriedad, sufrimiento y evangelio

Alexis Vera

“

Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio”.

– 2 Tim. 4:5.

Nadie ha quedado indiferente a la contingencia social de nuestro país, producto de este estallido en disconformidad con la injusticia social y con el sistema mismo. Y nos preguntamos: ¿Qué dice Dios al respecto? O bien, ¿qué respuesta hemos de dar de parte del Señor?

Particularmente, la segunda epístola de Pablo a Timoteo contiene una situación contextual muy pertinente a lo que vivimos hoy.

En primer lugar, fue escrita en un momento complejo tanto en la atmósfera espiritual como en la propia condición interna del joven discípulo.

Tiempos peligrosos

«Debes saber esto, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos» (3:1). La palabra «peligroso» aparece también en el relato de los endemoniados gadarenos. Se refiere a una furia, una opresión o acción maligna, la furia del

propio infierno, desatada en los últimos días.

Las amenazas externas son potentes, y esa obra está configurando el carácter de los hombres de los últimos días. Sin embargo, en el propio corazón del joven discípulo también hay amenazas o conflictos.

Si pudiéramos obtener una imagen de la vida de Timoteo, en aquella hora, él estaba recibiendo un legado del propio apóstol Pablo: la encomienda del *«glorioso evangelio del Dios bendito»* (1 Tim. 1:11). Esto es, de alguna manera, el traspaso generacional del testimonio de Dios.

Los jóvenes representamos una nueva generación. Nuestros padres espirituales han recorrido un trecho, y lo siguen recorriendo aún junto a nosotros, siendo un modelo para nuestras vidas. El precio que han pagado es una preciosa referencia del carácter de Cristo que hemos conocido en ellos.

Creemos que es un desafío para cada generación, hallar una identidad propia en relación al testimonio de Dios. Nuestro desafío es descubrir cuál es la forma en que el Señor quiere que expresemos la gloria del Evangelio en esta sociedad naturalista posmoderna; y cuál es el tiempo que estamos viviendo.

Pablo ayuda a Timoteo a definir el tiempo espiritual. Sin embargo, al joven discípulo y a la generación posterior les tocaría descubrir qué expresión de Cristo tendrían ellos en una iglesia que comenzaba a apostatar, en medio de un mundo opresor, marcado por las persecuciones.

Así, nosotros necesitamos una expresión particular que haga pertinente el Evangelio en nuestra generación. La base de esto siempre será la palabra del Señor. Necesitamos conocer a Dios en la intimidad, de manera que nuestro testimonio se empape de vida. Y también necesitamos conocer a la generación con la cual convivimos, de modo que nuestro mensaje no sea descontextualizado.

Pablo está dejando su legado a un joven y tímido discípulo. En ese contexto le dice: *«Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía»* (2 Tim. 1:7). Leyendo entre líneas, Timoteo estaba bajo una amenaza interna a causa de la timidez de su carácter, tal vez pensando que él no tendría la fe que sostuvo Pablo.

Actitud humilde

Aquí podemos extraer aliento para nuestros corazones. Si nos miramos al espejo, realmente hemos hecho muy poco en comparación a nues-

tros padres espirituales. Hay iglesias establecidas en todo el país, con sudor y lágrimas de la generación que nos antecede, la cual pagó el precio de lo que tenemos hoy.

Reconocemos también que hay muchos desafíos aún por delante. Tenemos la posibilidad de recibir a Cristo desde los cielos. Vivimos con esa esperanza en nuestros corazones; y al mismo tiempo, nos vemos tan pequeños. ¿Cómo nos posicionaremos en este escenario? ¿Qué les diremos a los hombres en esta hora avanzada? A partir de este pensamiento, lo mejor que podemos hacer es tener una actitud humilde.

No tenemos la capacidad natural de posicionarnos ante un mundo tan voraz. Pero podemos recordar las palabras que recibió Pablo en tiempo de debilidad: *«Bástate mi gracia»* (2 Cor. 12:9). Necesitamos una profunda cercanía con la persona y la obra de Cristo, para que Su gracia sea nuestra única suficiencia.

Aunque éste parezca un día pequeño, el Señor ya echó su plomada y comprometió su presencia; él no nos desampará. Miremos a los cielos, de allí viene el discernimiento para enfrentar este tiempo difícil, del cual recién vemos apenas el principio de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero.

El texto que nos inspira contiene instrucciones para que asumamos en Cristo nuestra posición en días de aflicción. Veamos estas tres exhortaciones: *«Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista»*. Son tres elementos: Sobriedad, Sufrimiento y Evangelio.

Al inicio dice: *«Pero tú»*, una expresión contrastante. Timoteo es puesto en un curso opuesto a la corriente del mundo, marcado por la peligrasidad y la fiera, en tanto otros están apostatando. *«Pero tú...»*. El énfasis está en el contraste que marca a aquel que recibe estas palabras, esto es, a nosotros.

Sé sobrio en todo

¿Qué significa aquí actuar de manera sobria? Es una palabra de un significado muy particular en el griego. Alguien la define como estar alerta, vigilante, con una actitud firme y persistente de la mente, que observa todo lo que acontece a su alrededor y permanece inamovible en relación a su objetivo.

Esto significa estar vigilando mientras se mira alrededor, discerniendo el momento y, al mismo tiempo, sin perder la meta. *«Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supre-*

mo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Flp. 3:13-14).

Hay un objetivo mayor, el cual es disfrutar la plenitud de Cristo, ver el rostro de nuestro amado Señor, viniendo con poder y gran gloria sobre la tierra, y recibirle. *«Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Flp. 3:8).* Del mismo modo, también nosotros.

«Sé sobrio». La Escritura nos está impulsando a mirar alrededor. Nuestra tendencia, por querer tener una voz de entendimiento respecto a lo que pasa, rápidamente es desviada hacia las cosas periféricas, y perdemos el foco que está delante.

La expresión *«Sé sobrio»* aparece en cinco ocasiones en el Nuevo Testamento. Veamos algunas conclusiones al respecto.

¿Qué significa mantenernos sobrios en medio de un contexto peligroso? La primera mención está en 1 Tes. 5:6: *«Por tanto, no durmamos como los demás, sino veamos y seamos sobrios».* La segunda, en el versículo 8 del mismo texto: *«Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor» (1 Tes. 5:8).*

Dice el apóstol Pedro. *«Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendi-*

miento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado» (1 Ped. 1:13). *«Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración» (4:7).* *«Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (5:8).*

Podemos tener una visión de la carga de cada apóstol cuando habla de sobriedad. Cuando Pablo la utiliza con los tesalonicenses, es una advertencia en medio de la noche espiritual.

Mientras es de noche, recordemos que somos del día, porque aquellos que viven en tinieblas serán sorprendidos por la venida del Señor. *«Mas vosotros... no estáis en tinieblas» (1 Tes. 5:4).* Por esta causa, por ser hijos de luz y no de la noche, entonces no durmamos, sino que seamos sobrios, es decir, mantengamos la vigilia.

Pedro dice: *«Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones» (2 Ped. 1:19).*

En breve la noche se acabará, y brillará el Lucero de la mañana. Las tinieblas serán disipadas por nuestro Salvador; mientras tanto, permanecemos alerta.

«Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán» (1 Tes. 5:2-3).

El contexto en esta advertencia es el escenario de una reordenación social. En los últimos tiempos, al menos en Occidente, habrá una búsqueda del bienestar y la seguridad social. Y, cuando el mundo procla-

empatizando con las vulnerabilidades de nuestra sociedad, pensamos que, por causa del evangelio, debemos tomar partido por los débiles, al punto de exigirle a una sociedad impía que nos provea un ambiente de bienestar.

Así han salido muchos a las calles, con consignas que desvirtúan la gloria del evangelio, torciendo la palabra del Señor, cayendo en la confusión y esperando beneficios de un árbol que solo da malos frutos.

Otros, usando las redes sociales, comparten mensajes sutilmente confusos respecto del carácter de Jesús en los días de su carne, o de Juan el Bautista, quienes –según ellos– no vacilaron en enrostrar a

Nuestra mente es el campo de batalla; y si no somos guardados por la palabra del evangelio, podemos perecer en el camino.

me paz y seguridad, en aquel momento vendrá sobre ellos destrucción repentina. *«No hay paz para los malos, dijo Jehová» (Is. 48:22).*

Un problema de aplicación

¿Por qué enfatizamos esto? Porque muchas veces nosotros, llegando tarde al conflicto y queriendo tomar posiciones al respecto,

los poderosos de su época sus injusticias y que, por tanto, la iglesia debería tomar la misma actitud hoy.

Sin embargo, hay un problema en esa aplicación. Tanto Juan el Bautista, como el Señor Jesús, cuando denunciaron la corrupción del sistema, tenían por delante algo muy claro.

El ministerio de Juan era preparar el camino al Rey. «*Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado ... haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento*» (Mat. 3:2, 8). Él no pedía cambiar el sistema de injusticias de su tiempo.

Él estaba anunciando la presencia de Dios entre los hombres, y su mensaje llega al clímax cuando ve a Jesús a las orillas del Jordán. «*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo... el cual es antes de mí... de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado*». ¡Él es el reino de Dios mismo! Entonces, el denunciar los males de la nación tuvo su lugar preparando los corazones para recibir a Cristo.

Jesús, en cierta ocasión llamó «*zorra*» a Herodes. Y podríamos pensar cómo él se tomó la libertad de denunciar el aprovechamiento político de aquel que ocupaba por usurpación el trono en Israel. Sin embargo, al leer el contexto completo, Jesús dice: «*Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra*» (Luc. 13:32).

Cuando se trata de enfrentar los problemas de la realidad social, Jesús presenta Su obra en la cruz.

Prestemos atención para no caer en el engaño sutil, olvidando el contexto y perdiéndonos en cosas periféricas.

No podemos pedir justicia social, paz o seguridad con expectativas ilusas; nunca seremos satisfechos, porque este mundo está bajo el maligno. La lucha del Señor no se rebaja al sistema político.

Una dimensión superior

Nuestro llamamiento nos eleva a una dimensión superior, en la cual sí es posible llenar la tierra de la gloria del Señor.

No es demandando cambios que no generarán ningún efecto espiritual en los hombres. La sobriedad, aquí, tiene que ver con discernir bien nuestra posición espiritual en esta hora de oscuridad.

En esta pesada noche, corremos el riesgo de quedarnos dormidos, como los discípulos más íntimos del Señor cuando estuvieron con él de noche —como en el monte de la transfiguración, o en el Getsemaní. Lucas 9:32 dice: «*Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño*». El Señor se había transfigurado delante de ellos, pero el sueño era tal, que casi se dormían. Pero el relato agrega: «*Mas perma-*

neciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús».

La visión clara de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo es la única vía para mantenernos despiertos en la noche espiritual. Es nuestra principal necesidad ver la gloria de Cristo como una experiencia de primera fuente.

Esto no es algo lejano. Jesús mismo oró: *«Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria»* (Juan 17:24). Es decir, él se anticipó para que tuviéramos una experiencia real.

¿Dónde y cuándo vemos esa gloria? En la Escritura, cuando el Espíritu Santo trae luz sobre la verdad. Como por espejo, dice Pablo.

Así podemos hoy acceder a su gloria y rendir nuestro corazón en devoción a él. Cuando nos ocupamos en esto, vemos cuán diferente es él de nosotros, cuán grande, cuán excelso, y llegamos a sentirnos tan distantes, hasta que viene su mano tocándonos y diciéndonos: *«No temas»*. Solo la gloria del Señor tiene el poder de mantenernos despiertos en esta hora de somnolencia.

En medio de la noche, el Señor nos permite vivir circunstancias peligrosas, para que nuestros corazones

sean probados y sepamos dónde estamos afirmados, para que en su regreso seamos hallados en él.

Meditemos en las Escrituras, escudriñemos en el carácter de nuestro Señor, en sus palabras y en los hitos de su vida. Si ocupamos un tiempo diario en esto delante del Señor, esta actitud nos guiará a reorientar nuestra vida. Este es el camino para andar en el Espíritu: resumir nuestra vida solo en Cristo. ¡Señor, mi alma no descansará hasta tenerte por completo en el día de tu regreso!

«Sed sobrios». Pedro, usa esta expresión en su primera carta. En síntesis, este llamado sería: Sobriedad en medio de una batalla espiritual que ocurre en el campo de nuestra mente.

Una cosa es el escenario externo, la noche espiritual; otra, las amenazas en nuestra propia mente. *«Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento»*; mantengamos frenados nuestros pensamientos para que no divaguen fuera de la centralidad de Cristo, porque el diablo anda como león rugiente buscando a quien devorar.

Muchas veces ignoramos la batalla espiritual, pensando que todo se reduce a cuestiones humanas. Mas la Palabra inspirada señala que *«no*

tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12). El campo de batalla es nuestra propia mente, por las vulnerabilidades que el pecado dejó en nuestra vida.

Depositarios de su testimonio

De alguna manera, si no estamos llenos de la palabra de Cristo, quedaremos a expensas del engaño, el cual nos aparta de Dios y nos conduce a la destrucción de su testimonio; porque nuestro enemigo, desde el comienzo de la historia hasta el final de ella, ha hecho guerra contra los que tienen el testimonio de Dios.

Dios nos ha encargado ser depositarios de su testimonio, y el enemigo vendrá para hacernos errar. Solo la palabra de Cristo llenando nuestras mentes puede salvarnos. Por eso es necesario buscar su Palabra, amarla y meditar en ella. Todos tenemos acceso, porque el Señor oró: *«Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad»* (Juan 17:17). Esto nos librará de la amenaza de las tinieblas, del pecado y del mundo.

En el tiempo en que Juan escribió sus cartas, testificó que el espíritu

del anticristo ya está entre nosotros. Daniel describe su actuación: *«A los santos del Altísimo quebrantarás»* (Dan. 7:25). Existe una operación perversa de quebranto o desgaste mental. El enemigo procurará desgastar nuestra mente.

Si hemos sido regenerados, somos parte de este grupo de santos del Altísimo y, por tanto, blanco del ataque maligno por medio del engaño, la opresión y la depresión. No es casualidad que en la actualidad las enfermedades de carácter psiquiátrico sean tan frecuentes y complejas en sus resoluciones.

Opresión a nivel de la mente

Hace sesenta años, Watchman Nee citó a un hermano desconocido, en un artículo llamado: *«He aquí que tinieblas cubren la faz de la tierra»*. Leamos algunas de estas frases.

«En los postreros días habrá mucho engaño y error ... habrá una forma de apariencia de piedad exterior, pero que por dentro estará llena de la melancolía del infierno ... tendremos dificultad para amar las cosas de Dios... para tener un tiempo a solas con Dios ... seremos distraídos por las entretenciones pasajeras, al punto que nuestros sentidos serán embrutecidos ... y nos tornarán incapaces de disfrutar las realidades

celestiales superiores ... pasar un tiempo en oración y de rodillas delante del Señor será un trabajo demasiado pesadoso ... sentiremos, de manera extraña, un deseo por los deleites de este mundo».

Esta profecía se está cumpliendo cada vez con más fuerza ante nuestros ojos. Dice además: «Sentiremos una incapacidad para concentrarnos en oír los mensajes». Esto tiene un peso maligno en su causa.

Y el hermano concluye: «Es hora de tomar resoluciones, y que la iglesia se levante de manera decidida».

El enemigo procurará acusarnos en nuestra mente por pecados pasados; sutilmente torcerá las verdades del evangelio, nos acorralará en un pensamiento doctrinario que puede separarnos de otros hermanos; pretenderá polarizarnos en las opiniones sobre lo que ocurre a nuestro alrededor; hará que nuestras pasiones se manifiesten.

Nuestra mente es el campo de batalla, y si no somos guardados por la palabra del evangelio, podemos perecer en el camino.

Noten la dimensión del riesgo, porque esto está ocurriendo con la generación que podría apresurar el regreso de nuestro Señor Jesucristo desde los cielos. La iglesia debe le-

vantarse en la victoria del Señor, y luchar, reprendiendo las obras de las tinieblas, orando por la generación más joven, para que él, por su Palabra, nos libre y nos llene de la vida de resurrección.

Soporta las aflicciones

La segunda exhortación dice: «*Soporta las aflicciones*» (2 Tim. 4:5). Esta es una palabra desafiante. En 2 Tim. 1:8 dice: «*Participa de las aflicciones por el evangelio*». Una mejor traducción para esto sería: «*Sufre con el evangelio*». Es un llamado a experimentar el sufrimiento que solo el propio evangelio puede dar.

¿Qué tipo de sufrimiento es este? Filipenses 3:8, en adelante, nos ayuda a entenderlo: «*Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo*».

Vemos un contraste entre pérdida y ganancia. Estoy perdiendo todo, dejándolo atrás, porque quiero ganar a Cristo. «*Y ser hallado en él ... a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte*» (v. 9-10).

Podemos imaginar al apóstol obsesionado, por así decirlo, por la persona y la obra de Jesús. «¡Cristo es todo lo que yo quiero!».

Pero parece que esta vida no le es suficiente, y entonces dice: «Quiero conocerle en sus padecimientos, aún en su muerte y resurrección. Quiero experimentar a Cristo en todas las áreas de mi vida, y aun morir como él». Por eso le dice a Timoteo: «Cuando sufras, hazlo como él».

¿Cuáles son los motivos de nuestro sufrimiento? ¿Será la empatía con la desigualdad y la injusticia? Evidentemente debemos compadecernos con los que sufren así. Pero miremos aquí un camino más excelente: Sufrir juntamente con el evangelio.

tengan vida. Este camino está propuesto para nosotros como generación, para que nos gastemos a fin de que otros reciban vida espiritual.

Nosotros podemos ver las desigualdades e injusticias a nuestro alrededor; pero ¿qué estamos haciendo, en el evangelio, para poder llevar vida a los hombres?

Fieles referentes

En la historia de la iglesia tenemos grandes referentes que gastaron su vida por causa del evangelio.

Nicolás Zinzendorf, un joven rico, un príncipe de Europa, abrió los terrenos de su castillo para un grupo de refugiados, y aquella comunidad llegó a enamorarse del Cordero de

Tenemos la paz que el mundo no da. Pero afuera hay gente hambrienta y sedienta, siendo oprimida por el enemigo.

Hay un camino que no hemos conocido en su profundidad, un camino que esta generación incrédula que nos rodea no ha visto marcado aún en nuestros corazones. «*Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto*» (Juan 12:24). Nuestro Señor entregó su vida hasta el punto de sufrir y morir para que otros

Dios. En este amor por Cristo, ellos decidieron salir en misiones hacia lugares nunca antes visitados por la luz del evangelio.

Otro referente, casi desconocido, es John Davis, un hermano que sirvió durante dieciséis años entre una comunidad de leprosos en la India, arriesgando su propia salud, pues no

existía una cura si llegaba a contagiarse. Entonces, la lepra llegó a su cuerpo. En las últimas palabras de su diario, su enfermera registró con ternura las palabras que apenas musitaba con su voz casi perdida, para un amigo en la fe:

«No pienses que soy ahora infeliz, mi pequeño cuarto brilla con la gloria de una presencia invisible, y mi corazón con la plenitud de la alegría de Dios. Muchas almas ahora se están volviendo al Señor en lo que era mi campo misionero. Naturalmente, yo aguardaba esperando el tiempo en que tendría el privilegio de bautizar esas almas; y le había dicho al Señor: Permíteme que sea tu siervo, lleno de tu Espíritu, entregando a Cristo todos mis pensamientos, mi energía, y mi vida. Y él me respondió. Pero, en lugar de dejarme servir como lo planeé, me sacó del servicio para siempre; y mientras estaba en el hospital en Inglaterra, y especialmente cuando el primer horror del resultado final cayó sobre mí, pensé algunas veces que él escondería su rostro de mí, pero no fue así. ¡Cuando más tristezas tuve que soportar, más fáciles se tornaron las cosas, y ahora me regocijo en mi Salvador a cada instante! Tú me preguntaste cómo estoy; perdí mi visión y mi voz, no tengo pies ni tobillos,

no tengo brazos, pero mi corazón está en paz absoluta. No tengo dudas ahora de que, si tuviese voz, cantarí sin parar».

Haz obra de evangelista

Con este relato, alentemos nuestros corazones para comenzar a mirar a quienes tenemos a nuestro lado. Miremos al prójimo, miremos sus carencias, sus vacíos existenciales y relacionales. ¿Cuál es la respuesta a tales necesidades? El Evangelio.

Cristo y solo Cristo es la respuesta de Dios para el hombre. Él es la suficiencia, él compensa las desigualdades. Él hace habitar en familia al desamparado, él es nuestra paz y armonía. En la iglesia de Dios se vive una dimensión de comunidad que el mundo no tiene ni conoce.

Miremos al que está a nuestro lado, compadezcámonos de sus vulnerabilidades, y preguntémonos delante del Señor: ¿Cómo participar del sufrimiento de Cristo para que otros tengan vida? Es un llamado que vale la pena atender. ¿Quieres ir en pos del Señor? Niégate a ti mismo, toma tu cruz, y síguelo.

El llamamiento más elevado en el camino de la cruz es morir para que otros tengan vida. ¿Qué estamos haciendo nosotros por aquellos que

moran en sombras de muerte? ¿Creemos que exponiendo nuestras opiniones en las redes sociales logramos llenar el vacío espiritual de los hombres?

Los hombres claman, sin saberlo, su necesidad de Dios. Cuando piden justicia, paz, respeto, amor, seguridad, de alguna manera están expresando el vacío de Dios que tiene todo hombre. Nosotros tenemos esta vida abundante para entregar. «*Haz obra de evangelista*». Este es el camino para la acción.

Verdadero refugio

La iglesia del Dios vivo es un verdadero refugio en este océano tormentoso. En nuestra barca descansa el Maestro. Tenemos la paz que el mundo no da, la justicia que el mundo no da, el amor que el mundo no conoce. Pero afuera hay gente hambrienta y sedienta, siendo oprimida por el enemigo.

Ahora, nosotros, viviendo en medio de la iglesia, tenemos el contexto que hace plausible nuestro mensaje. Vivimos entre hermanos cuyos ingresos son mínimos; pero, en sus casas hay un ambiente de alegría. Ellos no están desesperados por las injusticias, pues han descubierto que Cristo es suficiente. Esta es la evidencia de la obra del evangelio.

Esta es una oportunidad para que podamos hablar con nuestro prójimo, compadecernos de su dolor, entender sus demandas, pero proponer un camino diferente. La iglesia es el instrumento de la gracia de Dios; en ella desaparece toda desigualdad. El Evangelio nos eleva a una posición diferente.

En los días de Pablo había una violación a los derechos humanos que no imaginamos. Las relaciones entre un amo y su esclavo eran déspotas. ¿Vemos al apóstol luchando por abolir la esclavitud? Lo más parecido a ello que leemos es: «*Si puedes hacerte libre, procúralo más*» (1 Cor. 7:21), pero dice también «*el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo*» (v. 22).

El Evangelio nos posiciona en un plano más elevado. Vemos el caso de Filemón y de Onésimo, un señor y su siervo, ambos redimidos por la preciosa sangre de Cristo.

Pablo recibe a Onésimo cuando aún era un esclavo escapado de la casa de Filemón. Por la predicación del apóstol, Onésimo se convierte al Señor, y Pablo escribe una carta para devolverlo a su amo: «*Recíbele como a mí mismo... como hermano amado*» (Flm. 16-17), dándole una mayor dignidad. Amo y esclavo se-

rían uno solo en Cristo al reunirse para partir el pan.

La comunidad y las relaciones en las cuales vivimos tornan creíble el mensaje del evangelio. El Señor ha puesto su Rey en Sion, su santo monte. Jesús es el Rey. En su Reino hay vida celestial, aquella que puede suplir al necesitado, aquella que debemos poner en acción hasta des-

gastarnos para que otros reciban vida.

No estimemos por preciosa nuestra vida para nosotros mismos, con tal de acabar la carrera con gozo, y cumplir el ministerio que recibimos del Señor: dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en noviembre de 2019.

Una Biblia lanzada por la ventana

Dos viajeros entablaron una conversación amena en un tren que los conducía por un país europeo.

Cuando uno de ellos descubrió que su interlocutor era cristiano, la conversación cambió de tono. El creyente sacó su Biblia y leyó algunos pasajes; pero todo fue inútil. Cada uno se mantuvo en su posición, y un silencio glacial se instaló en el compartimiento.

Un momento después el evangelista fue al baño, y a regresar vio a su compañero que estaba cerrando la ventana. La Biblia había desaparecido. Los dos hombres se miraron sin decir palabra.

Meses más tarde, aquel creyente recibió la visita de un desconocido, quien le dijo:

- Leyendo la Biblia, he creído en el Señor Jesús y me gustaría ser bautizado.

Desconfiado, porque en aquel tiempo estaba prohibido distribuir literatura cristiana, el otro preguntó:

- ¿Cómo obtuvo una Biblia?

- Debido a mi trabajo, tuve que inspeccionar un edificio cerca de la vía férrea. Pasó un tren, y un objeto cayó a mis pies. Era una Biblia.

- ¿Y tiene ahora esa Biblia?

- Claro que sí; aquí está.

El evangelista tomó el libro y vio que era su Biblia.

Años más tarde hubo libertad de culto en aquel país, y una asamblea de creyentes se formó en el pueblo del recién convertido.

LBS.

TEMA DE PORTADA

El rol de los jóvenes creyentes en la sociedad actual.

Los jóvenes y la fe cristiana



Davi Fêo (Brasil)

“

Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”.

— Flp. 3:4-8.

Poco antes de mi viaje a este encuentro de jóvenes en Chile, se produjo el estallido social en este país, un verdadero terremoto humano. Y creo realmente que hoy el Señor ha reunido a los suyos, porque él quiere dar una respuesta a lo que está aconteciendo.

Nosotros no vivimos a merced de las circunstancias; tenemos un Dios que anticipa todos los eventos. Antes que el Señor destruyera Sodoma y Gomorra, él pensó en Abraham, su amigo, di-

ciendo: «¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?» (Gén. 18:17).

Sabemos que Internet muestra una visión que no siempre es real. Chile estaba entrando en un colapso, pero vinimos con tranquilidad. Para mí es una honra poder ministrarles al Señor.

Pablo y los filipenses

El lema de esta comunión está tomado de Filipenses 3:13 «*Extendiéndome a lo que está delante*». Esta es una carta muy íntima del apóstol Pablo, donde él abre su corazón de manera muy sensible. Filipos fue la primera ciudad por donde el evangelio entró a Europa. Esta colonia del imperio romano gozaba de algunos beneficios políticos y tenía la protección del ejército romano.

El apóstol recibió un llamado para ir a Macedonia. Él se había separado de Bernabé y tomó a Silas y al joven Timoteo. Pablo entró en Filipos, y allí una joven que tenía un espíritu de adivinación y daba gran ganancia a sus amos, seguía a los discípulos diciendo: «*Estos hombres son siervos del Dios altísimo*» y llamaba a todo el mundo para que los oyese hablar. El apóstol se molestó y expulsó aquel espíritu. Al cesar el lucro que ella daba a sus señores, Pablo y Silas fueron azotados y encarcelados.

A medianoche, mientras ellos alababan al Señor, un terremoto abrió las puertas de la cárcel, y luego se produjo la salvación del carcelero y de su familia. La experiencia de Pablo marcó a los filipenses. Cuando él escribe a los filipenses, estaba en una prisión en Roma, en un periodo maduro de su vida, habiendo pasado ya por muchos sufrimientos.

Filipos era la única iglesia que recibía algo de Pablo y daba algo a cambio. La iglesia que levantó en Filipos tenía un relacionamiento muy especial con él. Entonces, en su carta a los filipenses, él rasga su corazón.

El entorno judío

A partir del versículo 3:4 Pablo presenta su currículum. «*Hebreo de hebreos*», un linaje de personas que temían y servían a Dios. «*En cuanto a la ley, fariseo*». Nosotros tenemos una mala imagen de los fariseos, por aquellos religiosos hipócritas que persiguieron al Señor.

Los fariseos surgieron más menos en el año 167 a. de C, en la época de la guerra de los Macabeos. Los griegos querían unificar la fe de los pueblos y destruir la fe judaica. Los judíos se levantaron contra los griegos y recuperaron el poder político durante casi un siglo, retomando el sacrificio y el culto.

En esa época se generó un conflicto dentro de la nación. Los saduceos, secta del linaje de los sacerdotes, apoyaban a los griegos. Esto provocó una gran división entre ellos. Al final, los fariseos, frustrados, abandonaron la política para dedicarse al estudio y enseñanza de la Palabra.

En la Antigüedad hubo muchos pueblos que se perdieron en la historia, pero Israel es un pueblo que hasta hoy mantiene sus tradiciones. La razón por la cual ocurrió esto, aun en el tiempo de la esclavitud, fue la creación de las sinagogas.

Las sinagogas eran un ambiente donde los judíos en la dispersión practicaban sus tradiciones; en primer lugar, su lenguaje. Si nosotros perdemos el lenguaje, perdemos un pedazo enorme de esa cultura. En la sinagoga, día tras día, los judíos hacían lectura oral de la Torá públicamente, y enseñaban la ley. También se reunían allí para los ejercicios espirituales: oraciones, alabanzas y salmos.

En ese ambiente lograron preservar durante siglos las tradiciones. Pero no solo eso; ellos influenciaron el pensamiento humano. Hoy muchos piensan que los griegos son la fuente del conocimiento humano, ignorando la influencia que ha tenido el pensamiento judaico. Todo el pen-

samiento humano viene de una sola fuente: Dios es la fuente de todo conocimiento.

En Cristo «*están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*» (Col. 2:3). Humanamente, Pablo era una persona plena, pero lo estimó todo como basura por causa del conocimiento de Cristo. Él vio el evangelio como un tesoro de valor inestimable.

Olvidar para avanzar

¿Cuál era la meta del apóstol? «*Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*» (Flp. 3:13-14). Ese premio no era un buen lugar para vivir, ni un buen empleo. Sin embargo, él encontró un tesoro invaluable y sus ojos estaban fijos en el galardón, al punto que se volvió un mártir, un testimonio de la fe viva y real.

La generación actual es una generación que no olvida nada. En Facebook, tú hallas recuerdos de lo que hiciste el año pasado o diez años atrás. Claro, en tu mente, eso ya cambió, y ya no piensas así. Pero Facebook te lo recuerda siempre.

Nuestro problema hoy es la falta de espacio para la memoria. No solo no

olvidamos sino que no tenemos suficiente espacio. Nuestra dificultad es olvidar, y la tecnología está allí para hacerte recordar y no solo las cosas buenas.

Cuántos jóvenes por un descuido, envían una foto errada a alguien, y allí ya no hay regreso; cuando aquello es expuesto se vuelve una vergüenza pública.

das por la comunicación, por el lenguaje. «*Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios*» (Rom. 10:17).

Hoy estamos en una guerra cultural, o más bien, una guerra de fe. El mundo quiere imprimir su visión en nosotros: su imagen, sus memorias, sus ideologías, y así cambiar toda la sociedad. Es una batalla por captu-

Si quieres avanzar hacia el galardón, debes aprender una cosa: olvida lo que queda atrás y avanza hacia lo que está delante.

La tecnología está allí para registrar todo lo que tú haces. Sin embargo, el Señor es tan misericordioso que cuando nos arrepentimos, él perdona, y luego olvida. Si quieres avanzar hacia el galardón, debes aprender una cosa: olvida lo que queda atrás y avanza hacia lo que está delante.

Fe y palabra

Esto solo es posible mediante la fe. La memoria y el lenguaje son aspectos de la fe. La fe es un don dado a los hombres y una capacidad de comprender. «*Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*» (Heb. 11:1). La certeza y la convicción son forma-

rar tu mente, por tus recuerdos, por tu corazón. Por eso, la palabra de Dios tiene una importancia única.

Cuando Pablo habla de Timoteo, menciona la fe que había en su abuela y en su madre, y que pasó a Timoteo. La fe es viva, ella es transmitida. Es un ejercicio de anticipar eventos que no se ven. Por ejemplo, ¿cómo el ser humano logra predecir el tiempo? Él necesita entender mecanismos que no ve.

¿Se imaginan a los antiguos entendiendo el funcionamiento del universo? Hebreos dice que por la fe entendemos que el universo fue formado por la palabra de Dios. La fe nos lleva a entender las cosas como

ellas funcionan de verdad y traen para nosotros una convicción, una certeza. O sea, si tu mente está dañada, tu fe también está dañada. Por eso tenemos hoy una batalla por la mente humana.

El Señor quiere tu mente y tu corazón. Él quiere renovar tu mente para que puedas experimentar Su perfecta voluntad. La fe es transmitida de unos a otros; puede crecer y puede rebosar, pero también puede ser dañada, y entonces algunos, abandonando la buena conciencia, naufragan en cuanto a la fe. Esto puede ocurrir cuando nuestras certezas y convicciones no están en Cristo, no están en la Palabra. Nuestra seguridad y conciencia necesitan estar en el Señor, siendo alimentadas con la palabra de fe, con la palabra de justicia.

El lenguaje del Señor

Pablo dice a Timoteo que las Escrituras inspiradas son útiles para la enseñanza, corrección, instrucción en la justicia. Tenemos una herramienta que puede educarte, corregir tu mente; todos somos como un computador en el sentido que recibimos información, procesamos y devolvemos.

Necesitamos entender el lenguaje del Señor. Aquí, en las Escrituras, vamos a encontrar respuesta, sabi-

duría, conocimiento y fe, y alimentaremos nuestra fe para que nuestro depósito pueda ser guardado hasta el regreso del Señor.

No queremos que, cuando el Señor regrese, él nos encuentre llenos a medias, sino rebosando. Porque esa fe es la que nos salvará de ser una generación corrupta, confundida con las contradicciones del saber, que se ocupa en un 80% recordando cosas innecesarias y discutiendo otras de las cuales poco se sabe.

Tenemos el ejemplo bíblico de dos generaciones pasadas, una de las cuales se perdió. *«Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron»* (Heb. 4:2). *«Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón»* (Rom. 10:8). La primera generación cayó a causa de la incredulidad.

«Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos» (2 Cor. 4:13). Si tú no crees, entonces no hablas; pero si crees, vas a hablar. Es un ejercicio que no podemos perder.

Rescatar la lectura y la tradición oral de la palabra, trae frescor. Por eso,

Pablo dice a Timoteo: «*Ninguno tenga en poco tu juventud ... ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza*» (1 Tim. 4:12-13). Lo más importante en tu vida es conocer las Escrituras, que son aptas para salvarte.

Estas son palabras de salvación, que requieren ser inculcadas día y noche, y ellas van creando una imagen en nuestros corazones. Nuestra memoria va siendo ocupada con la fe de Jesús; entonces, aun cuando fueres viejo, no te apartarás de él. Esa es nuestra seguridad. Nuestro corazón necesita ser ejercitado en la fe, para que la palabra pueda tener un efecto. La palabra necesita ser recibida por fe, y así podemos comprender la voluntad de Dios.

Nuestra condición humana

Si no entendemos nuestra condición humana, no podremos valorar lo que es el evangelio. Pablo, al mostrar su genealogía, su formación, su celo, dijo considerar todo aquello como basura. Cuando el apóstol encontró al Señor en el camino de Damasco, una gran luz lo cegó y luego le mostró quién era Pablo.

«Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador;

mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad» (1 Tim. 1:12-13). *«Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros»* (Tit. 3:3).

El apóstol Pablo, en su celo religioso, experimentó pasiones y odio, al punto que consintió en la muerte de Esteban. Aquella debió haber sido una escena tensa, cruel. Las ropas de quienes apedreaban a Esteban fueron puestas delante de Saulo. Más tarde él confesó haber entrado con violencia en casas de los cristianos, para llevarlos a prisión. Era un joven celoso, un perseguidor. En verdad él experimentó en su carne de una manera muy profunda, su odio, sus pasiones, su infamia.

Juventud y fe

Si nosotros no nos conocemos, no podríamos conocer a Dios. Somos una generación privilegiada, que goza de beneficios que otros no tuvieron. Tenemos todo fácil, todo en bandeja, todo pronto. Sin embargo, tenemos un problema muy serio: falta de paciencia y perseverancia.

El placer ganó un lugar tan grande en esta sociedad, que destruyó nuestro

sistema de recompensa. Por ejemplo, si tu eres disciplinado para hacer ejercicio físico, percibirás que después de 30 minutos ejercitando te comienzas a sentir muy bien. Eso es recompensa. Cuando estudias para una prueba muy difícil, que te quita el sueño, te quedas sobre los libros, estudiando. Luego das la prueba y ves una buena nota, y te alegras.

Hoy, en cambio, todo es fácil. Los hombres no son conducidos por este sistema de recompensa. Por eso les sugiero que abandonen las cosas muy fáciles; si no, no querrán pagar un precio.

El hombre de hoy no aprende a controlar sus necesidades físicas, la pornografía lo corrompe, el exceso de comida lo enferma, las sustancias lo esclavizan. Hoy ha surgido una nueva clase de droga que está siendo un éxito en Estados Unidos: las drogas inteligentes, que te ayudan a concentrarte. Todos quieren ser súper hombres, pero nadie quiere restringirse ni acostarse temprano, nadie quiere hacer ejercicio o controlar su alimentación. Pero es necesario perseverar, tener paciencia.

«No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la volun-

tad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma» (Heb. 10:35-38). Este pasaje hace referencia a Habacuc: *«He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá»* (2:4).

Todo tiene su tiempo

La juventud es el periodo en que tenemos más relacionamiento social. Los jóvenes hacen amistades con gran facilidad; es una cosa espontánea, libre y rápida. Esto no ocurre cuando ya eres mayor. Todo en la vida tiene su momento, y la juventud es la etapa en la cual tenemos más vigor para anunciar el evangelio. Cuando nuestras emociones están aflorando, y cuando las conducimos bajo del señorío de Cristo, el Señor llena estas emociones y las usa para transmitir nuestra fe.

«Todo lo hizo hermoso en su tiempo» (Ecl. 3:11). Todo tiene su tiempo, y en el tiempo debido, el Espíritu fue dado, y vivimos la regeneración. Esa luz brilló en nuestro corazón exponiendo nuestra naturaleza caída. Cuando somos niños no somos conscientes de la corrupción que hay en nosotros, y damos libre

curso a nuestros sentimientos; entonces nuestros padres necesitan corregirnos.

Si algo en tu vida te trae dolor, ten la certeza que el Padre está allí tratándote, porque la disciplina y las tribulaciones son para producir en nosotros perseverancia, paciencia, para que podamos desarrollar tareas a largo plazo. Estamos siendo preparados para asumir una tarea que tal vez aun no entendamos bien. La Palabra dice que juzgaremos a los ángeles. Son cosas muy elevadas para nuestra comprensión. Si estás acostumbrados a tener las cosas fáciles en tu vida, y a la primera dificultad tú desistes, ¿sabes lo que pasará? No soportarás una carrera larga.

Nuestro camino hoy

Hay muchas maneras en que podemos contribuir a la sociedad de manera general. La primera de ellas es nuestra consagración a la predicación del evangelio. La segunda es aprovechar las oportunidades y los talentos que Dios ha dado, en un ambiente de consagración y ejercicio de la fe, con diligencia y gratitud.

Ocuparnos en nuestra salvación tiene relación con nuestra vida humana, preparándose para asumir responsabilidades, para el matrimonio, para ayudar a las personas a nues-

tro alrededor. Así, las personas percibirán que hay algo en nuestra vida con respecto a las cosas eternas de Dios. Lo que nos mantiene firmes en medio de esta generación corrupta es la misericordia de Dios, es su Palabra, el ejercicio del cuidado mutuo y nuestro servicio al Señor.

Tengamos ánimo. Esta fe, esta capacidad que Dios nos dio, debe ser puesta a los pies del Señor, junto con la Palabra, para que ésta produzca el fin de nuestra fe: la salvación de nuestras almas. Esto generará en nosotros perseverancia, diligencia, y nuestra esperanza irá en aumento cada día. La esperanza del mundo es vana; ante cada problema, las personas se abaten, porque su esperanza está en la tierra.

«No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Flp. 3:12-14).

¿Te sientes imperfecto o débil? Pablo también. No hay nadie perfecto. Y mira qué interesante el verso

15: «Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios». Pablo dijo antes que no era perfecto, pero ahora sí lo es. ¿Qué está diciendo aquí? Cuando tú decides avanzar y olvidar, ese sentimiento de buscar a Cristo y su voluntad te vuelve perfecto. Este es el espíritu que debemos tener.

«Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa. Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros²⁶... Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humi-

llación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (v. 16-17; 20-21).

El Señor es cabeza de todas las cosas: de nuestra vida, nuestra profesión, nuestro hogar. Nuestra esperanza es una esperanza viva; por eso Pablo miró hacia atrás y vio que no había nada comparable con la gloria que había de venir; por eso él se volvió el principal predicador, pagando un alto precio hasta el punto del martirio. Este es un ejemplo de cómo la gracia del Señor es eficaz en un hombre. ¡Alabado sea el Señor!

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en noviembre de 2019.

Las falsificaciones

Un día le preguntaron a Pablo Picasso quién era, según él, el pintor más célebre. Y el artista respondió riendo: "¡Rubens, pues pintó unos 600 cuadros durante su vida, de los cuales conservamos 2.700 en la actualidad!".

Las falsificaciones son una plaga moderna que cuesta muy caro a las empresas y al Estado. En el año 2010, un poco más de 103 millones de productos falsificados fueron descubiertos y destruidos en las fronteras de la Unión Europea por un valor total de mil millones de euros.

Pero la falsificación en el ámbito de la fe es mucho más peligrosa. La Biblia habla severamente de las personas que dicen ser cristianas, que tienen apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de ella. Podríamos engañar a los demás, y tal vez a nosotros mismos, pero nunca podremos engañar a Dios.

LBS

La actitud de los creyentes en tiempos de conflicto social.



Luz

en medio de las tinieblas

Marcelo Díaz

Gracias al Señor por estos encuentros que tenemos, en los cuales no solo hay propósito al ser edificados en la palabra, sino también en la comunión y en el crecer juntos. El Señor nos ha sostenido en el andar con muchos hermanos con quienes hemos caminado juntos en los últimos años. Él quiere tener un pueblo celoso de buenas obras, donde todos tengan el mismo propósito de servir.

Tiempos difíciles

Queremos compartir respecto de la situación que hemos estado viviendo en estos días. Hacía mucho tiempo que no veíamos imágenes tan duras en la televisión y en las redes sociales. Mensajes violentos y devastadores. Como país, estamos viviendo un momento complejo, y no podemos abstraernos de esto.

En el colegio, en la universidad o en el trabajo, hay que plantearse, hay que comentar las cosas que ocurren. No estamos ajenos a ello.

Como hijos de Dios, el punto es: ¿cuál es nuestro lugar en la realidad social y política? ¿Cuál

es nuestra posición en Cristo frente a lo que ocurre?

La luz de la Palabra

Hace muchos años que no veíamos algo semejante. Pero nosotros somos de Cristo, nuestra vida costó el precio del Hijo de Dios y fuimos redimidos, aún de estos aspectos culturales y políticos. Nosotros hemos sido bendecidos por Dios. Las Escrituras nos ayudan para poder discernir las situaciones, los contextos, para entender lo que está ocurriendo.

«Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor. 2:11). ¿Quién sabe las cosas del hombre? El espíritu del hombre que está en él, o sea, en lo profundo de nosotros. Y ¿quién conoce las cosas de Dios? *«El Espíritu de Dios»*, dice Pablo..

«Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hom-

bre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo» (1 Cor. 2:11-16).

¡Qué interesante es esto! Si lo leemos en varias versiones, podemos entenderlo de manera muy simple. Lo que está diciendo es que, en toda la creación de Dios, nosotros somos la única especie capaz de conocerlo todo y discernir todas las cosas conforme al corazón de Dios, porque tenemos el Espíritu de Dios morando en nosotros.

Podemos ver como Dios ve y podemos conocer las cosas como fueron creadas.

Discernimiento espiritual

Aquí hay algo importante. El hombre natural va de un lado a otro, movido por la emoción, impulsado por sus pensamientos; es un pobre ser que carga un montón de información y que de acuerdo a su realidad discierne lo poco que puede ver. Pero nosotros que hemos recibido el Espíritu de Dios podemos discer-

nir las cosas espiritualmente, y en eso hay que poner la atención.

¿Cómo discernimos lo que está sucediendo? ¿Cómo está viendo Dios nuestra realidad? ¿Cómo vamos a hablar nosotros? ¿Cuál será nuestra opinión? ¿Hablabamos como el hombre natural, o conforme a cómo ve Dios lo que está ocurriendo?

Debemos saber esto: Nosotros tenemos el Espíritu de Cristo y podemos ser libres de todas estas pasiones humanas. Nosotros debemos actuar y participar con el reino de Dios. Si debemos actuar aquí o allá, debe de ser desde la perspectiva de Dios, comprometidos con el Señor y con su voluntad; no con aquello que es terrenal, sino con lo que es de arriba, para lo cual fuimos asidos por Cristo.

Cuánto nos debe celar el Espíritu de Dios cuando hacemos un comentario indebido o damos un *like*, simplemente motivados por un medio que nos está lanzando información. ¡Cómo nos anhela el Espíritu de Dios! Dios tiene una visión propia, con la cual nos quiere enseñar a ver la vida.

La historia humana

«Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni es-

tuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará» (Sal. 1:1-3).

El Salmo 1 nos habla del hombre celestial, del hombre perfecto, Cristo. Por otra parte, el Salmo 2 nos habla del hombre terrenal. Esto es muy interesante. Siguiendo la idea de una edición televisiva, que va seleccionando y mostrando imágenes, sigamos la secuencia del Salmo 2, el salmo de la historia humana.

Al inicio, la pantalla muestra una imagen terrenal. *«¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas»* (Sal. 2:1-3).

Dios está mostrando la historia humana. Ésta es la edición. El foco de atención es el hombre. La acción partió cuando los hombres se concertaron y cocieron el barro para hacer una torre que llegara hasta el cielo. *«Vamos, edifiquémonos una*

ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra» (Gén. 11:4).

Dios, "una molestia"

Esa ha sido la historia de la civilización. Se construyen sociedades y los hombres van intentando desligarse de Dios, porque Dios es una molestia para ellos. Y se reúnen, ¿para qué? Para romper sus ligaduras, sus limitaciones. Pero los hombres necesitan una regulación. Si esa regulación es quitada, sale a relucir el hombre perverso que hemos visto en estos días. No saldrá un hombre bueno, sino un animal.

quiere hacer en ti, comprometes el reino de Dios.

«*Echemos de nosotros sus cuerdas*». Las grandes organizaciones internacionales van negando cada vez más los principios morales cristianos, erradicándolos de la vida humana, en pos de un ilusorio bienestar social. Dios es una molestia; eso ni se debe nombrar, es casi una ofensa.

La visión celestial

Hay una segunda cámara que enfoca al cielo: «*El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira*» (Sal. 2:4-5). Y luego la cámara encuadra a la Trinidad. Primero enfoca al Pa-

El mundo correrá de aquí para allá, pero el justo se resguarda; él guarda su corazón en Dios, en la fe, y allí está seguro.

«*Rompamos sus ligaduras*». Es decir «Yo tengo mi verdad; seamos libres, marchemos por la libertad, por la paz». Sin embargo, aquel que se enrolla con el Señor no puede estar mezclado en el ejercicio de las cosas de esta vida, dice Pablo a Timoteo (2Tim. 2:3). Pero ¡cuidado!, que en estas cosas comprometes la fe, comprometes lo que el Señor

dre: «*Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte*» (v. 6). El rey, el Ungido; en hebreo, el Mesías; en griego, el Cristo.

La cámara ahora va al Hijo, y él dice: «*Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como pose-*

sión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás» (v. 7-9).

Esto es lo que dice el Padre al Hijo. Es la palabra de Dios. No es un cuento, no es una historia de escuela dominical. Esta es la verdad principal que sostiene y sostendrá todo el universo, hasta que lleguemos ante el trono, al Padre y al Hijo. Cristo ha sido puesto como Rey y Señor.

Y luego, interviene el Espíritu Santo: *«Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra. Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor. Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira. Bienaventurados todos los que en él confían» (v. 10-12).*

Este Salmo nos muestra cómo ve Dios la vida terrenal, los tiempos y las civilizaciones. Estas cosas que estamos viviendo, ya se vivieron en el pasado. Es como un círculo. No podemos poner nuestra esperanza en cambios políticos o humanos, menos en personas. Nuestra esperanza, nuestra vida, es Cristo. Nuestra acción debe ser desde Cristo. Desde él, Dios nos mueve a manifestarnos como hijos suyos.

Expresando a Cristo

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mat. 5:6). Pero esa plenitud de la cual el Señor habla en el Sermón del monte no se refiere a una saciedad circunstancial. En ningún sistema social hallaremos saciedad. Quien nos sacia con la justicia celestial es Cristo mismo.

Si quieres tomar el otro camino verás que, al cabo de un tiempo, estarás igual de insatisfecho, y no solo eso, sino lleno de odios y separado de los demás. No llenes tu corazón con la basura del mundo. Tú eres de Cristo, fuiste comprado por Cristo y para Cristo, y desde allí puedes orar y pedir al Señor sabiduría.

¿Cómo nos manifestamos como pueblo de Dios? ¿Qué oportunidad tenemos de servir expresando a Cristo, quien es la justicia, la paz, la vida, la verdad? Todo lo demás es circunstancial y te llenará de angustia y de odiosidades terrenales, te hará decir y hacer cosas que no quieres.

Hay otros tipos de análisis, sin lugar a dudas; pero nosotros hablamos desde la Escritura, desde la fe. Somos de Cristo. De allí no te muevas. No te impresione lo que el mundo

te presenta. Tu movilidad emocional debe ser la misma de Cristo al ver las multitudes como ovejas sin pastor (Marcos 6:34). Esa es la compasión que debe regir nuestro corazón; no levantar el brazo empuñado y salir afuera, mimetizándose con los demás como un hombre natural, sin discernir las cosas espiritualmente.

Una mente tras el caos

Un psiquiatra contemporáneo dice: «Una de las cosas que más fácilmente inflama el corazón de una persona es el espíritu de reivindicación». Cuando alguien intenta movilizar un pueblo, puede suministrar información para encender ese espíritu de reivindicación, diciendo: «Esos derechos te fueron quitados, y eran tuyos». No hay nada más reactivo que eso, que atenta directamente contra los hijos de Dios.

Seamos cuidadosos con lo que vemos, con lo que leemos, pues detrás de eso hay un espíritu maligno que está moviendo todo. Sí, esto es real. *«Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes»* (Ef. 6:12). Hay una mente perversa que inspira al hombre sin Dios; pero no-

sotros tenemos la capacidad de discernirla y de detenerla, porque tenemos el Espíritu de Dios en nuestros corazones.

Un hecho espiritual

Estos días, tuvimos la oportunidad de viajar a Nueva York con mi esposa. Compartimos con los hermanos de allá y fue hermoso. Estando allá, explotó la crisis en Santiago de Chile. La información que recibíamos era como estar viendo una película. ¡Quién iba a soñar que podía ocurrir algo así en Chile!

Nueva York es el centro del mundo capitalista. Es una ciudad muy atractiva en su arquitectura, en su arte. La gente puede transitar aún muy de noche, y nos sentimos en un ambiente seguro. En apariencia, se ve todo muy controlado. Entonces pensamos en aquella urbe que vimos en las películas antiguas, cuando estaba atestada de delincuencia, de pandillas, de drogas, de prostitución.

Hablando con los hermanos neoyorkinos sobre esto, uno de ellos me dijo: «Sí, la ciudad era así en los años 80, 90 y hasta el 2000. Aquí no se podía vivir, era aterradora, muy insegura. Tal como se veía en la televisión en ese tiempo». Entonces, ¿qué produjo ese cambio? Algunos explican la intervención de un alcal-

de famoso que limpió la ciudad con un plan de tolerancia cero. Pero un hermano hizo un análisis espiritual que me pareció muy interesante.

Él comentó que, cuando Nueva York iba cada vez más en dirección al caos y a la destrucción, hubo un punto de inflexión. Cuando el pastor David Wilkerson, un hombre de Dios, sintió el llamado para ir y predicar el evangelio de Jesucristo y logró establecer una iglesia en medio de Times Square.

Aquel barrio neoyorkino estaba lleno de pandillas, de drogas, de prostitución. Él se atrevió y fue a predicar. Hay varios libros suyos donde cuenta su historia. Los jóvenes pandilleros comenzaron a convertirse, y desde entonces la ciudad comenzó a cambiar. Sí, lo que ocurrió allí fue un efecto espiritual del reino de Dios.

Entonces, ante lo que está ocurriendo en Chile, nosotros, que somos de Cristo, hagamos un análisis espiritual, a la luz de nuestro compromiso con el Señor. Desde allí podremos plantear con valentía cómo son las cosas según Dios, cuál es la visión de Dios, porque esto es lo que finalmente prevalecerá.

Hago un llamado a corregir aquello en que nos deslizamos. Cada día

debemos educar nuestro corazón con respecto a la voluntad de Dios. Necesitamos analizar toda la información recibida, y juzgar los impulsos terrenales a la luz de la Palabra, y ser aquellos pacificadores que serán llamados hijos de Dios.

"Señor, ¿hasta cuándo?"

Las Escrituras, como siempre, nos son de gran ayuda al respecto. Muchos siervos de Dios, en diferentes situaciones, tuvieron dudas y cuestionamientos. No es malo que nosotros también los tengamos. Y sin duda, esas interrogantes pueden ser resueltas en Cristo. Veamos el caso de algunos salmistas:

«Mi alma también está muy turbada; y tú, Jehová, ¿hasta cuándo?» (Sal. 6:3). Aquí vemos una queja del salmista. *«¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? ¿Hasta cuándo pondré consejos en mi alma, con tristezas en mi corazón cada día? ¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí?»* (Sal. 13:1-2). ¿Hasta cuándo la injusticia?

«Señor, ¿hasta cuándo verás esto? Rescata mi alma de sus destrucciones, mi vida de los leones» (Sal. 35:17). *«¿Hasta cuándo, oh Dios, nos afrentará el angustiador? ¿Ha*

de blasfemar el enemigo perpetuamente tu nombre? ¿Por qué retraes tu mano? ¿Por qué escondes tu diestra en tu seno?» (Sal. 74:10-11). Es una queja, y suena legítima.

«¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oírás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? ¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia» (Hab. 1:2-3). Parece una escena actual.

Muchos hombres de Dios en la Escritura vivieron situaciones semejantes a las nuestras, y también plantearon su queja. ¿Cuál ha sido tu oración? ¿Has orado por el país? ¿Has clamado al Señor por alguna causa que consideras injusta? Haz ese ejercicio. Esto es mejor que salir a las calles con una pancarta, porque Dios te contestará.

La respuesta divina

Habacuc planteó su queja, y entonces Dios comienza a hablarle: *«Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis»* (Hab.

1:5). El Señor comienza prometiendo una intervención tan potente que será casi increíble.

«Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas. Formidable es y terrible; de ella misma procede su justicia y su dignidad. Sus caballos serán más ligeros que leopardos, y más feroces que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán; vendrán de lejos sus jinetes, y volarán como águilas que se apresuran a devorar. Toda ella vendrá a la presa; el terror va delante de ella, y recogerá cautivos como arena. Escarnerá a los reyes, y de los príncipes hará burla; se reirá de toda fortaleza, y levantará terraplén y la tomará» (v. 6-10).

El profeta comienza a ver estas injusticias sociales, viendo que Dios obra de una manera aparentemente injusta con los impíos, y sufre un conflicto emocional.

¿Por qué Dios obra así? ¿Por qué prevalece la injusticia sobre la justicia? Por cierto, este es un reclamo humano; pero Dios en su santo templo, con amor y paciencia, comienza a responder. Dios dialoga con Habacuc y promete hacer una obra poderosa.

«Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja. Y Jehová me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella. Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará. He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá» (Hab. 2:1-4).

Dios siempre responde con su visión. Escucha bien: la respuesta de Dios puede tardar, pero viene. Sin lugar a dudas, hay un propósito en las cosas que están ocurriendo. Dios está en su santo templo, y él no ha perdido el control.

«He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece». Éste actúa y procede conforme a sus pasiones y su orgullo, y piensa cosas vanas. *«Mas el justo por su fe vivirá».* Este es el versículo que inició la Reforma, con Lutero y otros, para abrir un espacio nuevo de salvación y apropiarse de las realidades espirituales a partir de la fe.

«El justo por su fe vivirá». El justo vive dependiendo de la mano de Dios. El mundo correrá de aquí para

allá, pero el justo se resguarda; él guarda su corazón en Dios, en la fe, y allí está seguro. Y aunque pareciera ridículo, de allí no se mueve, porque al final del tiempo y de la historia, ese justo tendrá la razón, porque Dios no desamparará su palabra. *«Aunque tardare»*, la respuesta de Dios llegará.

El profeta comienza a pronunciar «ayes» contra los injustos. Allí hay un versículo precioso, que resume el evangelio, el propósito de Dios. *«Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar» (2:14).*

Esta es una realidad espiritual histórica, real, que ocurrirá. Y es nuestra verdad, nuestra vida, nuestra realidad espiritual, de la cual no debemos movernos.

Un cántico de alabanza

En el capítulo 3, Habacuc percibe toda la situación con un entendimiento nuevo, refrescado por la Palabra, y en un cántico, en una oración, describe la gloria del Señor y termina con un pasaje precioso:

*«Aunque la higuera no florezca,
ni en las vides haya frutos,
aunque falte el producto del olivo,
y los labrados no den mantenimiento,*

y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, el cual hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar».

Este hombre que empezó lleno de interrogantes, termina con alabanza, con acción de gracias, con un reconocimiento y una confianza en lo que Dios hará, porque Dios es justo y verdadero. «*Con todo, yo me gozaré en el Dios de mi salvación*». ¡Bendito sea el Señor!

Hago este llamado al corazón, para no caer en la vanidad del mundo, ni en la sedición, ni en la información tendenciosa. Y aun cuando la realidad sea tal cual se está mostrando, nuestra acción es desde Cristo, no desde nuestra rabia, no desde las frustraciones ni desde la injusticia.

El Señor abrirá nuevas oportunidades para poder servirle, en este tiempo de caos, como hijos de Dios.

¡Sea el nombre del Señor bendito!

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en noviembre de 2019.

La conversión de Spurgeon

Charles Spurgeon, el célebre predicador inglés del siglo XIX, vivía en un hogar cristiano, pero no había entendido la simplicidad del evangelio. Durante años, se sintió aplastado por el peso del pecado, pese a llevar una vida honesta y recta. Sentía la necesidad de ser salvo, pero ¿cómo?

Charles iba de un lugar a otro a oír sermones. Un domingo de enero de 1850, cuando él tenía 15 años, entró en una modesta capilla, donde unas doce personas esperaban al predicador habitual. Pero éste no llegó.

Luego, un hombre muy sencillo, claramente poco instruido, se levantó y leyó un versículo bíblico: "*Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más*" (Is. 45:22). A Charles le pareció que en ese texto había una luz de esperanza. Una breve predicación siguió a la lectura del versículo.

Al final, el hombre notó que había un nuevo rostro, y dijo a Spurgeon: "Joven, pareces triste, y siempre lo estarás si no obedeces a la palabra de Dios. Pero si lo haces ahora mismo, serás salvo. ¡Mira a Cristo!".

Más tarde, Spurgeon diría: "En ese momento vi el camino de la salvación. Hice la cosa más sencilla de todas: creer en Cristo crucificado y aceptar su salvación perfecta; no hacer nada, sino confiar en lo que él hizo. ¡Nunca olvidaré ese día tan feliz cuando hallé al Señor!".

LBS

Cartas de C.H. Mackintosh a uno de sus colaboradores, acerca de la predicación del Evangelio.

La obra de evangelización

C.H. Mackintosh

Tercera Carta

Querido amigo:

Hay otro punto que guarda estrecha relación con el tema de mi última carta, a saber, el lugar que ocupa la palabra de Dios en la obra de la evangelización.

En mi última carta, como recordarás, hice referencia a la obra del Espíritu Santo y a la inmensa importancia de darle el lugar que le corresponde.

Cuán claramente —y no necesito decirlo— la preciosa palabra de Dios se relaciona con la acción del Espíritu Santo. Ambas se vinculan inseparablemente en esas memorables palabras que nuestro Señor dirigió a Nicodemo, palabras tan poco comprendidas y, lamentablemente, tan mal aplicadas: «*El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*» (Juan 3:5).

Ahora bien, tanto tú como yo creemos plenamente que en este pasaje, la Palabra es presentada bajo la figura del agua. Así pues, la palabra de Dios es el gran instrumento empleado para la obra de la evangelización. Muchos pasajes de la Santa Escritura establecen este punto con tal claridad y determinación que no deja lugar a disputa alguna.

En Santiago 1:18 leemos: «*Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad*». Asimismo 1 Pedro 1:23 dice: «*Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*».

Es menester que cite todo el pasaje debido a su inmensa importancia en relación con nuestro tema: «*Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor per-*

manece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada» (v. 24-25).

Esta última cláusula es de incalculable valor para el evangelista. Lo liga, de la manera más clara posible, a la palabra de Dios como el instrumento único y plenamente suficiente que debe utilizar para la bendita obra. Él debe dar la Palabra a la gente; y tanto mejor cuanto más sencilla sea la forma en que lo haga. Debe permitir que el agua pura corra desde el corazón de Dios hacia el corazón de los pecadores, evitando a la vez que el canal por el que corre esta agua ceda alguna traza de sí y la contamine.

El evangelista debe predicar la Palabra; y debe hacerlo en simple dependencia del poder del Espíritu Santo. Éste es el verdadero secreto del éxito en la predicación.

Pero, si bien insisto en este punto de fundamental importancia en la obra de la predicación —y creo que no podría insistir tanto como debiera— estoy lejos de pensar que el evangelista deba presentar a sus oyentes una determinada cantidad de verdades. Considero que ello es un grave error. Él debe dejar esta tarea en manos de un maestro, un conferenciante o un pastor.

Siempre me asusta el hecho de que gran parte de nuestra predicación apunte a la inteligencia de la gente; esto obedece al hecho de que preferimos más buscar desarrollar la verdad que alcanzar a las almas.

Puede que nos conformemos con haber dado un mensaje muy claro y enérgico, con haber hecho una exposición de las Escrituras muy interesante e instructiva — algo muy valioso, seguramente, para el pueblo de Dios. Pero el oyente inconverso soportó sentado hasta el fin de la predicación sin haber sido impresionado ni alcanzado. No hubo nada para él. El conferenciante estuvo más ocupado con su exposición que con el pecador; más interesado y absorbido en su tema que en las almas.

Estoy absolutamente convencido de que este es un grave error, y un error en el cual todos nosotros somos muy propensos a caer. Dudo si este error no puede ser considerado como la verdadera causa de nuestra falta de éxito. Pero quizá no deba hablar de «nuestra falta», sino de mi falta. No creo que sea justo atribuirte el defecto a que me refiero. Respecto de éste, tú mismo serás el mejor juez.

Pero de una cosa estoy seguro: que el evangelista más exitoso es aquel

que tiene sus ojos fijos en el pecador; aquel que tiene su corazón puesto en la salvación de las almas; sí, aquel para el cual el amor por las preciosas almas es casi una pasión. El que más garantías tendrá para su ministerio, no es el hombre que desarrolla mayor número de verdades, sino aquel que más suspira por las almas.

Digo todo esto reconociendo de la manera más clara y absoluta el hecho con el cual comencé esta carta, a saber, que la palabra de Dios es el gran instrumento en la obra de la conversión. Nunca debemos perderlo de vista ni debilitar la fuerza de esta gran realidad. No interesa la herramienta utilizada para hacer el trabajo, la forma de que pueda revestirse la Palabra ni el vehículo por el cual pueda ser transmitida, pues las almas solo pueden nacer de nuevo «*por la palabra de verdad*».

Todo esto es divinamente cierto, y siempre deberíamos tenerlo presente. Pero ¿no vemos a menudo que aquellos que toman entre manos predicar el Evangelio (y sobre todo cuando permanecen mucho tiempo en un mismo lugar) son muy propensos a abandonar el territorio propio del evangelista —ese tan bendito territorio— y a adentrarse en el terre-

no que pertenece al maestro y al conferenciante? Esto es lo que desapruebo y lo que tan profundamente deploro. Sé que yo mismo he faltado a este respecto, y grande ha sido mi aflicción por dicha falta.

Te confieso estas cosas con entera libertad. Últimamente el Señor me ha hecho sentir mucho más profundamente la inmensa importancia de predicar el Evangelio a las almas perdidas con todo fervor. No pretendo —y Dios jamás lo permita— subestimar en lo más mínimo la obra de un maestro o de un pastor.

Creo que dondequiera que haya un corazón que ame a Cristo, habrá un verdadero amor por apacentar y cuidar de los corderos y ovejas del rebaño de Cristo, rebaño que él ganó por su propia sangre. Pero las ovejas deben estar reunidas antes de poder ser apacentadas; ¿y cómo podrían estarlo sino por la ferviente predicación del Evangelio?

La gran ocupación del evangelista es ir hacia los lóbregos montes del pecado y el error, tocar la trompeta y reunir las ovejas; y tengo la firme convicción de que él cumplirá mejor esta obra, no mediante una elaborada exposición de verdades, sino ocupándose fervientemente de las almas inmortales; haciendo oír la

voz de advertencia, el ruego solemne; disertando fielmente acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, presentando la muerte y el juicio de tal manera de despertar a las almas, así como las terribles realidades del castigo eterno.

En resumen, creo que necesitamos predicadores que despierten a las almas. Admito plenamente que están las dos cosas: la enseñanza del evangelio y la predicación del evangelio. Pablo, por ejemplo, enseña el evangelio en Romanos 1 a 8; pero también le vemos predicándolo en Hechos 13 y 17.

La enseñanza del evangelio, en todos los tiempos, es de suprema importancia, puesto que seguramente debe haber una multitud de almas con conciencias ejercitadas en nuestras reuniones públicas, que necesitan un evangelio liberador: el pleno, claro y elevado Evangelio de la resurrección.

Pero si bien admito todo esto, aún creo que lo que se necesita para una evangelización exitosa no es tanto un gran número de verdades, sino un intenso amor por las almas. Considera al eminente evangelista George Whitefield. ¿Cuál crees que ha sido el secreto de su éxito? Sin

duda habrás leído sus sermones impresos. ¿Notaste que haya algún énfasis en la exposición de verdades? Yo creo que no. En realidad, debo confesarte que, para sorpresa mía, he hallado justamente lo contrario.

Había algo en Whitefield que tanto tú como yo haríamos bien en suspirar por cultivarlo: un ardiente amor por las almas, un vehemente anhelo por su salvación, una tenaz lucha con sus conciencias, un trato denodado, vigoroso y frontal con las almas acerca de sus caminos pasados, de su estado presente y de su destino futuro. Estaban todas las cosas que Dios reconocía y bendecía; y él quiere reconocerlas y bendecirlas todavía hoy.

Estoy persuadido de que si nuestros corazones estuviesen empeñados en la salvación de las almas, Dios nos utilizaría para esa divina y bendita obra.

Por otra parte, si nos contentamos con una declaración formal y oficial del Evangelio; si nuestra predicación se basa en el principio que dice – usando una frase vulgar– «Tómalo o déjalo», ¿nos hemos de asombrar si no vemos conversiones? Nos asombraríamos más bien si viésemos alguna.

No; creo que deberíamos examinar seriamente este gran tema práctico. Ello demanda la solemne e imparcial consideración de todos aquellos que están dedicados a la obra.

Hay peligro de todos lados; opiniones contradictorias por todas partes. Pero no puedo concebir que un cristiano pueda estar satisfecho de faltar a la responsabilidad de buscar almas.

Alguien puede decir: «Yo no soy un evangelista; no es mi ámbito de acción; mi orientación va más por el lado de un maestro o de un pastor». Bien, entiendo todo esto; pero ¿me dirá alguno que un maestro o un pastor no pueden salir a buscar almas con un deseo ardiente? No puedo admitirlo ni un instante. Es más, no importa en lo más mínimo cuál sea el don que se tenga o aun si se posee algún don prominente; uno puede y debe, de una u otra forma, cultivar un deseo ferviente por la salvación de las almas.

¿Sería correcto pasar delante de una casa que se está incendiando sin dar una voz de alarma, aun cuando no perteneciésemos al cuerpo de bomberos? ¿Acaso no trataríamos de salvar a alguien que se estuviese ahogando, aun cuando no pudiésemos ordenar que un bote salvavidas

Lo que se necesita para una evangelización exitosa no es tanto un gran número de verdades, sino un intenso amor por las almas

viniese a rescatarlo? ¿Quién que no estuviera en su sano juicio podría sostener algo tan monstruoso?

Así pues, en lo que respecta a la salvación de las almas, lo que se necesita no es tanto un don o conocimiento de la verdad, sino un profundo y ardiente deseo por ellas, percibir su estado de peligro y suspirar por su rescate.

Tu afectuosísimo compañero de servicio,

C.H.M.

Cuarta Carta

Querido amigo:

Cuando tomé mi pluma por primera vez para escribirte una carta, nunca imaginé que se diera la ocasión de extenderme hasta escribirte una cuarta. No obstante, el tema es de gran interés para mí; y todavía quedan dos o tres puntos más que quisiera considerar brevemente.

En primer lugar, siento profundamente que nos falta un espíritu de oración para llevar adelante la obra de la evangelización. Ya me referí a la obra del Espíritu Santo, y también al lugar que debe ocupar siempre la palabra de Dios; pero me llama mucho la atención que seamos tan deficientes en lo que respecta a orar con fe, con perseverancia y con fervor. En esto estriba el secreto del poder. «*Y nosotros –dicen los apóstoles– persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra*» (Hech. 6:4).

Fíjate en el orden: Primero, la oración, y en segundo lugar, el ministerio de la palabra. Esto es precisamente lo que necesitamos. No es el poder de la elocuencia, sino el poder de Dios; y éste solo puede obtenerse esperando en él: «*Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán*» (Is. 40:29-31).

Me parece que estamos muy mecanizados, por decirlo así, en la obra. Se ve mucho de lo que podría llamar «cumplir un servicio». Me temo

mucho que algunos de nosotros estemos más sobre nuestras piernas que sobre nuestras rodillas; más en camino que en el santuario; más ante los hombres que ante Dios. Esto no debería ser así. Es imposible que nuestra predicación esté caracterizada por el poder y coronada con resultados positivos, a menos que esperemos en Dios.

Mira al bendito Maestro, a ese gran Obrero. Fíjate cuán a menudo lo hallamos en oración: En su bautismo; en la transfiguración; momentos antes de designar y enviar a los doce.

En resumidas cuentas, una y otra vez vemos al Bendito en una actitud de oración. En una ocasión lo vemos levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, a fin de entregarse a la oración. En otra ocasión pasa toda la noche en oración, por cuanto el día era dedicado al trabajo.

¡Qué ejemplo para nosotros! ¡Ojalá lo sigamos! ¡Ojalá sepamos un poco más lo que es luchar hasta la agonía en oración! ¡Qué poco sabemos de esto! Y lo digo por mí mismo. A veces me parece que estuviésemos tan ocupados en la predicación –tan absorbidos por compromisos e invitaciones– que no tenemos tiempo

para orar, para dedicarnos a esa obra en privado, para estar a solas con Dios. Estamos en una especie de torbellino de obra pública; corremos precipitadamente de un lugar a otro, volamos de una reunión a otra, en un estado de alma sin oración, incapaz de dar fruto.

¿Hemos de asombrarnos ante los pobres resultados? ¿Cómo podría ser de otra manera si hemos dejado de esperar en Dios? Nosotros no podemos convertir almas. Solo Dios puede hacerlo; y si seguimos así sin esperar en Dios, si permitimos que las predicaciones públicas desplacen a la oración en privado, podemos estar seguros de que nuestra predicación resultará estéril y sin valor. Debemos realmente persistir en la oración si queremos tener éxito en el ministerio de la palabra.

Pero esto no es todo. No se trata simplemente de que nos haga falta poner en práctica la oración en privado. Esto, lamentablemente, como lo he dicho, es totalmente cierto. Pero hay algo más. Fallamos en nuestros cultos de oración. No nos acordamos lo suficiente de la obra de la evangelización en aquellas ocasiones en que la asamblea se reúne para orar. Siempre deberíamos presentarla delante de Dios, con insistencia y determinación. Puede que

en ocasiones se haga mención de ella muy por encima y de una manera puramente formal, y luego quede en el olvido.

Siento de veras que hace falta ahínco y perseverancia en nuestros cultos de oración en general, no solo en lo que respecta a la obra del Evangelio, sino también en cuanto a otras cosas. Hay a menudo mucha formalidad y debilidad. No somos como quienes están resueltos a perseverar. Nos falta el espíritu de la viuda de Lucas 18, quien venció al juez injusto simplemente merced a su importunidad. Parece que nos olvidáramos de que Dios quiere que lo consultemos, y de que él es galardonador de los que le buscan.

Es inútil que alguien diga: «Dios puede obrar igual sin nuestras insistentes súplicas; él de todas maneras cumplirá sus propósitos, igual recogerá a los suyos».

Sabemos todo esto; pero sabemos también que Aquel que determinó el fin, también determinó los medios para alcanzarlo; y si dejamos de esperar en él, entonces él se valdrá de otros para llevar a cabo su obra. La obra, sin duda, será hecha; pero nosotros perderemos la dignidad y el privilegio de llevarla a cabo; perderemos el galardón.

¿No significa nada esto? ¿No significa nada ser privados del dulce privilegio de ser colaboradores de Dios, de tener comunión con él en la bendita obra que lleva adelante? ¡Ay, qué poco lo valoramos! Sin embargo, es una bendición poder valorarlo; creo que en ninguna otra circunstancia podemos gozar más plenamente de este privilegio que cuando oramos unidos y con fervor. Aquí todos los santos pueden unirse; todos pueden agregar su cordial: «Amén». Puede que no todos sean predicadores, pero todos pueden orar; todos pueden unirse en oración y gozar de la comunión.

¿No encuentras que siempre hay una abundante corriente de bendición cuando la asamblea se siente movida a orar fervientemente por el Evangelio y por la salvación de las almas? Lo he comprobado invariablemente; y por eso, siempre que veo a la asamblea animada a orar, mi corazón se llena de gozo, consuelo y aliento, pues entonces estoy seguro de que Dios derramará copiosas lluvias de bendición.

Además, cuando ello tiene lugar, cuando este espíritu invade toda la asamblea, puedes estar seguro de que no habrá dificultad respecto a lo que se denomina «la responsabilidad de predicar». No tendrá impor-

tancia quién haga la obra, con tal que sea hecha tan bien como se pueda. Si la asamblea busca a Dios y espera en él, intercediendo por el progreso de la obra, no surgirá ninguna cuestión respecto a quién habrá de llevar a cabo la predicación, con tal que Cristo sea predicado y las almas bendecidas.

Pero entonces hay otra cosa que desde hace tiempo me ha hecho pensar mucho, a saber, la manera en que nos ocupamos de los nuevos convertidos. Necesitamos tener mucho cuidado y precaución al respecto, no sea que nos encontremos dando crédito a aquello que no es en absoluto la auténtica obra del Espíritu Santo. Hay un gran peligro en esto. El enemigo busca continuamente introducir elementos espurios en la asamblea con el fin de destruir el testimonio y desacreditar la verdad de Dios.

Todo esto es muy cierto, y demanda nuestra seria consideración. Pero, por otro lado, ¿no sucede que nosotros fallamos a menudo? ¿No echamos a menudo agua fría sobre los recién convertidos por nuestra particular dureza de estilo? ¿No hay a menudo en nosotros un espíritu y un proceder un tanto repulsivos? Esperamos que los nuevos creyentes estén a la altura de una medida

de inteligencia que a nosotros mismos nos ha costado años poder alcanzarla.

Y esto no es todo. A veces los hacemos pasar por un proceso de examinación que solo puede provocar hostigamiento y perplejidad. Seguramente que esto no está bien.

El Espíritu Santo nunca pondría perplejo ni causaría ninguna repulsión a un inquiridor ansioso y querido; no, nunca jamás. Nunca podría ser conforme al corazón de Cristo enfriar el espíritu del más débil cordeiro de su rebaño, que Él ganó con su propia sangre. Él quisiera más bien que los conduzcamos con toda suavidad y ternura; que los confortemos, los abriguemos y los acariciemos conforme al profundo amor de Su corazón.

Es una gran cosa tomar una posición donde no estorbemos, y mantenernos abiertos para discernir y apreciar la obra de Dios en las almas, y no echarla a perder poniendo nuestros miserables caprichos –nuestras propias opiniones y preferencias personales– como obstáculos en su camino.

Necesitamos en esto la guía divina, del mismo modo que la necesitamos para cualquier otro asunto de nuestra obra. Pero, gracias a Dios, él es

suficiente para esto, así como para todo lo demás. Solamente espere-mos en él, aferrémonos a él y echemos mano de sus inagotables tesoros para satisfacer todo lo que requiera su gracia, en cualquier momento y en cualquier caso. Dios nunca le fallará al alma que confía en él, que le espera con un corazón dependiente.

Creo haber considerado la mayoría de los puntos que tenía en mi mente. Tendrás en cuenta, espero, el hecho de que, en todas estas cartas, no he hecho más que expresar mis pensamientos con la mayor libertad posible, y con la absoluta confianza que implica la verdadera amistad fraternal.

No me he puesto a escribir un tratado formal, sino que he abierto mi corazón a un amado amigo y fiel compañero de yugo. Esto han de tener presente todos aquellos que puedan leer estas cartas.

¡Quiera Dios bendecirte y guardarte! ¡Quiera él coronar tus labores con las más ricas y exquisitas bendiciones! ¡Quiera él guardarte de toda obra mala, y preservarte para su reino eterno!

Tu afectuosísimo compañero de servicio,

C.H.M.

La muerte del Rey

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Mateo 27

Al tratar este capítulo es necesario admitir que forma parte de un todo mucho más extenso. La parte final del evangelio de Mateo abarca los capítulos 26, 27 y 28.

Se convendrá en que no puede leerse inteligentemente cualquiera de estos capítulos sin tener al menos una idea del contenido de los otros.

En esta división final del Evangelio, se trata el tema de los sufrimientos y el triunfo del Rey; siendo el Evangelio de Mateo, preeminentemente, la presentación de nuestro Señor en su Reinado. La narración de los sufrimientos se encuentra en los capítulos 26 y 27; el capítulo 28 registra su triunfo.

A fin, entonces, de considerar el capítulo 27, haremos primero un resumen del capítulo 26. Éste comien-

za con una afirmación notable, en la cual nuestro Señor fijó la hora de la Cruz en contra de la decisión de los príncipes. Él dijo a sus discípulos: «*Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado*» (26:2).

Estas palabras significan que ellos sabían que dentro de dos días se había de celebrar la pascua, y él les dijo que sería entonces su entrega para ser crucificado. Al mismo tiempo los príncipes del pueblo estaban tomando la decisión sobre Su muerte, pero también declararon: «*No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo*» (26:5). La majestad regia de este párrafo no debe perderse de vista.

A estas alturas Mateo inserta en su narración la descripción de la cena en Betania, que había tenido lugar

cuatro días antes. Luego describe la pascua misma; la práctica de la fiesta antigua y su terminación, y la institución de la nueva fiesta, diciendo que terminaron cantando un himno, el cual indudablemente fue todo, o algunas partes, del *Gran Hallel* formado por los Salmos 113 al 118.

Resultaría muy sugestivo un estudio de dichos Salmos, recordando que nuestro Señor, con toda probabilidad, los cantó en aquella ocasión. Entre otras de sus palabras, se encuentran éstas: «*Atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar*» (Sal. 118:27).

La historia de la crucifixión

Luego viene la experiencia del Getsemaní y el arresto del Señor; y por último, el juicio ante los sacerdotes y la negación de Pedro. Llegamos entonces a nuestro capítulo, donde continúa el relato con el destino final de Judas y el juicio ante Pilato. La historia real de la crucifixión comienza en el versículo 27 y termina al final del capítulo.

El juicio ante los sacerdotes fue totalmente ilegal, desde el punto de vista de la ley judía, y el celebrado delante de Pilato fue la parodia más terrible de la justicia en toda la historia de la humanidad.

En nuestra meditación nos limitaremos, en gran parte, a examinar este último asunto, el cual podemos dividir así: la crucifixión en su lado humano (v. 27-44); la Cruz en su aspecto divino (v. 45-56); y la sepultura de nuestro Señor (v. 57-66).

La crucifixión en su lado humano

Al considerar la crucifixión, contemplando la cruz desde el punto de vista humano, nos encontramos frente a una revelación aterradora del pecado y del fracaso humano.

Cuando, en el día de Pentecostés, Pedro se convirtió en el primer intérprete de los grandes acontecimientos de la vida, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, él se refirió a la Cruz en un lenguaje extraordinario y notable.

En aquella ocasión Pedro hablaba a gente que había estado presente y estaba familiarizada con los hechos a los cuales él se refirió.

«Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis

por manos de inicuos, crucificándole» (Hech. 2:22-23).

De esta manera el hombre que en Cesarea de Filipo había protestado con vehemencia contra la idea de que su Señor fuera a la cruz, y que en las últimas horas con labios profanos había negado a su Maestro, ahora contemplaba la cruz, tal como ella debe ser contemplada. Al referirse a ella no lo hizo poniéndose en el plano humano, que es el del pecado; sino situándose en el plano divino, que es el de la gracia.

«...a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios», es el aspecto divino de la Cruz; *«prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole»*, es el aspecto humano.

A la luz de esa interpretación, volvemos al capítulo 27, comenzando donde Pedro terminó. El aspecto humano de la cruz está contenido en los versículos 27 al 44. El acto aterrador de los hombres comenzó con la burla que hicieron de Jesús. Con seguridad, ellos conocían poco de los hechos, quizá solo sabían que tenían un prisionero acusado de sedición, que se había proclamado rey y que había engañado, y se entregaron a burlarse brutalmente de él.

¡Quién podrá describir todo lo que tuvo lugar allí!

Al llegar al Gólgota, le crucificaron. Mateo, sin embargo, ni siquiera expone el hecho en tal forma; se refiere a la crucifixión como algo efectuado. Esta reserva reverente con respecto a la cruz externa se halla en cada una de las narraciones de los evangelios, pero de manera destacada en la de Mateo.

Aun cuando sea un producto de la imaginación, siempre me parece como si Mateo hubiera dicho: «No, yo no puedo describirlo». Hubiera sido muy conveniente que tal reserva se hubiera guardado a través de los siglos; ningún cuadro de la crucifixión, ni descripción verbal alguna han servido, realmente, en un sentido profundo, para ayudar a entender la Cruz. No es que el hecho externo no fuera aterrador, pero es tan fácil ocuparse tanto de él, que existe el peligro de perder de vista la conciencia de algo que es infinitamente más aterrador, el aspecto espiritual de la cruz.

Al contemplar a Aquel que han crucificado, contemplamos también a otros dos compartiendo la misma suerte; no, sería más exacto decir que es a Él a quien contemplamos compartiendo las experiencias de

Hay que recordar siempre que, después de que la lanza atravesó Su costado, ningunas manos le tocaron, sino aquellas manos ungidas de amor.

ellos. Él *«fue contado con los pecadores»* (Is. 53:12).

El escarnio del Crucificado

La parte más diabólica de este aspecto de la Cruz fue el escarnio brutal acumulado sobre él mientras colgaba del madero. Principió con el acto de la multitud pasando ante él y meneando sus cabezas.

Aquella gente había comprendido evidentemente el derecho que Jesús había reclamado al Reinado, aun cuando nunca estuvo de acuerdo con tal pretensión. Lo que Él había dicho durante el último año de su ministerio había llegado a ser conocido de una manera amplia, ya que durante el juicio lo habían repetido en contra suya; y ahora aprovecharon la ocasión para enrostrarle: *«Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz»* (Mat. 27:40).

Tal fue el vituperio de una multitud ignorante, arrastrada por la pasión, como resultado del gobierno falso y degradado bajo el cual estaba viviendo. Es ésta la prueba suprema en toda la historia, del hecho de que la voz del pueblo no es necesariamente la voz de Dios. Dios tenga piedad del hombre, sea rey, sea presidente o profeta, que dependa de la voz de la multitud.

Sin embargo, el escarnio no se limitó al populacho. Los sumos sacerdotes, con los escribas y con los ancianos, participaron también de la mofa despiadada.

Es interesante recordar aquí que cuando nuestro Señor comenzó a revelar a sus discípulos lo que había de acontecerle, les indicó cuidadosamente la naturaleza de la hostilidad que se amontonaría sobre él, cuando les dijo *«que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas»* (Mat. 16:21).

Estas palabras incluyen la triple autoridad ejercida por el Sanedrín. Los ancianos representaban el poder civil; los sumos sacerdotes, el poder religioso; y los escribas, el poder moral. Al hacer memoria del acontecimiento de la Cruz, Mateo los

nombrado a lado del populacho, tomando parte en la burla blasfema hecha al Crucificado.

Lo primero que dijeron fue: «*A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar*» (Mat. 27:42). Han corrido desde entonces muchos siglos, y con la luz de ellos proyectándose sobre tal acontecimiento hemos comprendido cómo el sarcasmo cruel y blasfemo ha sido la revelación más profunda de la verdad respecto de Él. Él no pudo salvarse, porque debía salvar a otros. Sus enemigos se burlaron, pero los siglos se han encargado de transformar la burla en la esencia misma del Evangelio.

La otra frase sarcástica fue: «*Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y crearemos en él*» (27:42). En eso mentían. Nuestro Señor dijo una vez, en el curso de una enseñanza: «*Tampoco se persuadirán si alguno se levantara de los muertos*» (Luc. 16:31). Él no descendió de la cruz, pero se levantó de entre los muertos; y a pesar de eso, aún no creen.

El vituperio más cruel de todos se encuentra en las palabras: «*Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios*» (v. 43). Es así como contemplamos a los «*intelectuales*» alrededor de la cruz; y muchos de ellos todavía es-

tán allí diciendo las mismas cosas. Finalmente Mateo dice: «*Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él*» (v. 44).

Es esta la crucifixión vista desde el lado humano. Es el rechazamiento de la luz, del amor y de la vida, por parte del hombre; es el relato de la hora más sombría de la historia humana, y la condenación más severa de la naturaleza humana caída.

La cruz en su aspecto divino

Contemplemos ahora la cruz desde el punto de vista divino. Lo primero que impresiona al alma piadosa y en actitud expectante es la ausencia aparente de la intervención de Dios. Es allí donde se enfocó el problema perpetuo del sufrimiento.

Al considerar las cosas que hemos visto desde el punto de vista humano, parece como si Dios debiera rasgar los cielos y descender para maldecir a los responsables de tal iniquidad. Sin embargo, recordamos de nuevo las palabras de Pedro: «*Entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios*»; y vemos que, lejos de ser exacto el hablar de la no intervención de Dios, lo que hay en verdad, de profunda verdad, es que Dios mismo estaba en Cristo sufriendo con el pecado

humano, aun en el grito trágico, que siempre sobrecoge de misterio al alma: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*» (v. 46). Imposible como es de una explicación final, sigue siendo verdad que Dios, en Cristo, estaba obrando la redención humana.

Un grito en las tinieblas

El primero de los hechos apuntados fue el de las tinieblas. A este hecho se refiere Watts en aquellas bien conocidas líneas: «Bien pudo el sol en sombras esconderse y negar su fulgor; cuando Cristo, poderoso Hacedor, murió sobre el Calvario por el hombre caído y pecador».

Aquellas tinieblas que envolvieron en sombras la cruz y que se prolongaron por tres horas, indican, en primer término, quizá, el descontento divino con el pecado; pero también algo de la ternura divina hacia Aquel que sufría entre las sombras.

Luego surgió aquel grito al cual nos hemos referido; grito lleno de luz, aun cuando sea una expresión misteriosa. Allí, sobre la cruz, nuestro Señor repitió los primeros versos de un himno, que con toda probabilidad había escuchado con frecuencia en los actos de adoración de la sinagoga y del templo; un himno arrancado del alma de alguien que mu-

cho antes había pasado por un gran dolor. Fue el grito de un alma que había perdido a Dios y se da cuenta de que tal pérdida significa el infierno.

Hay otro salmo que puede hablarnos de la historia de ese grito: «*Me rodearon los dolores del infierno*» (2 Sam. 22:6, RVA). No obstante, permítanme repetirlo, nunca debemos olvidar lo que ya hemos dicho más de una vez: «*Dios estaba en Cristo*» (2 Cor. 5:19). Si aquel fue el grito del supremo desamparo humano, fue el grito de Dios, ya que Él participó de esa experiencia de abandono.

Luego Mateo dice que otra vez exclamó con gran voz; y aun cuando él no registra lo que Jesús dijo, sabemos por Juan que la expresión de ese momento fue: «*Consumado es*» (Juan 19:30), expresión que revela el sentido de una obra perfectamente acabada y la conciencia de haber alcanzado la victoria. Mateo se cuida de apuntar que aquella exclamación fue a gran voz; lo que nos hace pensar que aquel grito no fue el de la derrota, sino el de la victoria.

Mateo agrega, finalmente, que él «*entregó el espíritu*» (v. 50), o más literalmente, que él despidió su espíritu. De nuevo, aquí nos encontramos con que, así como ningún evan-

gelista describió la crucifixión, tampoco ninguno se refiere a esta entrega del espíritu como algo que indique la muerte, sino siempre en términos que sugieren actividad volitiva y victoriosa.

Señales sobrenaturales

En relación con la crucifixión, Mateo apunta ciertos acontecimientos o señales sobrenaturales. El primero de ellos, que el velo del templo se rasgó en dos.

Nos sentimos inclinados a preguntarnos qué efecto tendría aquello sobre las autoridades. Por años y años aquel velo había estado colgado entre el Lugar Santo y el Santísimo, excluyendo al hombre del acceso a la presencia inmediata de Dios; y de pronto, no por manos humanas, sino por un acto sobrenatural, ¡se rasga en dos, de arriba a abajo!

Al mismo tiempo, la Naturaleza entra en actividad. «*La tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros*» (v. 51-52). En relación con los sepulcros abiertos, Mateo señala que ningún cuerpo se levantó de su tumba, sino hasta después de que Jesús hubo resucitado. Todas estas señales sobrenaturales fueron una demostración de que Dios estaba en el mundo, y estaba obrando.

Frente a tales maravillas el centurión se impresionó de tal manera, que exclamó: «*Verdaderamente éste era Hijo de Dios*» (v. 54). El último toque delicado en el relato de la crucifixión es el que se refiere a las mujeres al pie de la cruz.

La sepultura de nuestro Señor

El último párrafo del capítulo está lleno de belleza; tiene que ver con el cuerpo de Jesús. Me refiero a él en esta forma, porque esto fue lo que José de Arimatea pidió de Pilato, y lo que Pilato le dio.

Marco Antonio dijo de César: «Ahora yace ahí, y ni el más pobre le rinde reverencia». No importa cuánta haya sido la ignominia y la vergüenza que sufriera nuestro Señor en la cruz, esas palabras aplicadas a César nunca se le podrán aplicar a Él, ya que todavía le siguen amando los corazones de muchos.

Al contemplar el cuerpo muerto de Jesús, nos trasladamos en la imaginación a los días de su ministerio público, y recordamos lo que dijo en presencia de aquellos a quienes devolvió a la vida.

Cuando entró al lugar en donde la hija de Jairo estaba tendida, dijo: «*No está muerta, sino que duerme*» (Luc. 8:52). Cuando se refirió a la

muerte de Lázaro, dijo: «*Nuestro amigo Lázaro duerme*» (Juan 11:11).

En el primer caso, se burlaban de Él; en el segundo, sus discípulos no entendieron lo que les decía, y se vio en la necesidad de hablarles en su lenguaje y decirles claramente: «*Lázaro ha muerto*» (Juan 11:14).

Con estas cosas en mente contemplamos el cuerpo muerto de Jesús y decimos: «No está muerto, sino que duerme».

Amor y odio

Los versículos que hablan de la sepultura de Jesús, se dividen en dos partes; la primera que registra el ministerio del amor (v. 57-61) ; y la segunda, la actividad del odio (v. 62-66).

El ministerio del amor se descubre en el acto de José de Arimatea, proveyendo para él «*su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña*» (v. 60), envolviendo su cuerpo con una sábana limpia, en un rasgo de infinito amor.

Hay que recordar siempre que, después que la lanza atravesó Su costado, ningunas manos le tocaron, sino aquellas manos ungidas de amor. Los discípulos lo bajaron de la cruz,

lo prepararon para sepultarlo, le proveyeron sepulcro y le depositaron allí. De esta manera tuvo el amor su manifestación luminosa.

Luego vino la extraña demostración del odio que le persigue aun muerto. A la mañana siguiente, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, sobrecogidos de temor, fueron a ver a Pilato y le dijeron: «*Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré*» (v. 63).

Siempre me ha parecido esto algo muy notable. Sus enemigos recordaban lo que había dicho, aun cuando sus discípulos por alguna razón, parecían haberlo olvidado.

Es imposible escuchar la respuesta de Pilato, sin percibir la burla de sus palabras. Les dijo: «*Ahí tenéis una guardia; id, asegúradlo como sabéis*» (v. 65).

Así terminamos nuestro intento de examen de este capítulo maravilloso. No olvidemos, al concluir, que aquí no termina la narración. Aquí dejamos el cuerpo del Señor diciendo: «El Rey está muerto». Al leer el capítulo 28 diremos: «El Rey vive para siempre».

De Grandes Capítulos de la Biblia.

La recreación

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica” – 1 Corintios 10:23.

El propósito de la recreación

El primer propósito de la recreación es satisfacer las necesidades de la familia. No es para nosotros que consideramos este asunto, sino para los hijos. Para nosotros, si somos consagrados, la recreación es algo de menor importancia. Pero en nuestra familia no solo están nuestros propios hijos, sino también nuestros hermanos y hermanas menores, quienes han sido confiados a nuestro cuidado. Ahora, si ellos también están consagrados, el tema de la recreación no es un problema.

Sin embargo, nuestros hijos pueden no estar plenamente consagrados; por lo tanto, nuestra actitud tiene mucho que ver con ellos. Lo que nosotros permitimos o lo que prohibimos tiene un gran efecto en sus vidas. Por eso, la recreación es una consideración primordial en toda

familia, a fin de poder brindar la guía adecuada a la generación más joven.

El segundo propósito de la recreación es para nosotros mismos. Un creyente a veces necesita un cambio. La única pregunta es cuánto o qué tipo de cambio es bueno.

Los adultos necesitan distracciones al igual que los niños, pero resolver qué es lo apropiado para un cristiano es algo básico a considerar delante de Dios. Esto no es demasiado difícil para nosotros, pero para los menores puede ser algo complejo.

¿Qué recreación permitiremos que tengan nuestros hijos? Todo hijo de Dios debe ser claro en esto. Si hay lagunas, el mundo invadirá inmediatamente la situación. Una vez dentro, no es fácil ahuyentar al mundo. Por lo tanto, en aras de mantener a nuestra familia en el Señor, debe-

mos prestar atención a este asunto de la recreación.

Principios que rigen la recreación

I. La necesidad

La recreación de acuerdo con la voluntad del Señor surge a partir del reconocimiento de la necesidad de aquélla. Un cristiano no debería irse a los extremos. El ser humano necesita recreación. Muchas personas están tan ocupadas que, si no tienen algún tipo de relajación, pueden enfermarse y perder su salud. Por lo tanto, la renovación es el principio básico de la recreación. Esto es especialmente importante para los jóvenes. No se puede pedir a los hijos que estudien desde la mañana hasta la noche. Hay que darles algún tipo de distracción, proporcionándoles un cambio. Esta es una regla a tener presente.

La recreación es por el bien de la renovación. Cuando alguien ha gastado cinco u ocho horas en una labor, se cansa. Cuando se hace una tarea durante mucho tiempo, los nervios se tensan y el cuerpo se fatiga. Para refrescarse, es necesario un cambio de actividad.

Por ejemplo, después que un niño ha estudiado toda una jornada en la

escuela, al volver a casa necesita jugar un rato. Tal juego es perfectamente correcto, porque es para su relajación. Pero si él debe jugar ocho horas seguidas, su juego es más que una renovación.

La renovación es necesaria, pero hacer de la recreación nuestra vida es injustificable. Cuando una persona está cansada, es correcto que haga otra cosa para variar. Sin embargo, estaría mal si jugara desde la mañana hasta la noche.

En verano, a la gente le gusta ir a nadar. No hay nada de malo en ello. Cuando uno está cansado, está bien nadar durante media hora o una hora. Pero si alguien permanece en el agua desde la mañana hasta la noche, como un pato, eso ya no sería recreación. Tenemos que ver la diferencia entre la recreación como renovación y la recreación como nuestra vida.

2. Formas de recreación

La recreación puede asumir muchas formas. Un cristiano puede disfrutar de cualquiera de las siguientes:

Descanso

La mejor forma de recreación para un cristiano es descansar. Si estoy cansado, debo reposar un tiempo. El Señor Jesús y sus discípulos esta-

Cualquier forma de recreación que los incrédulos juzguen inapropiada, los cristianos debemos evitarla.

ban agotados, así que él les dijo: «*Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco*» (Marcos 6:31). Su descanso incluye la idea de la recreación. Él no dijo: «Descansen un rato», sino: «*Venid... a un lugar desierto, y descansad*».

A menudo nuestra fatiga se alivia tras descansar en el campo o cerca del agua. La forma más común de recreación cristiana es el descanso.

Cambio de actividad

A veces puedes sentirte aburrido u ocioso. Si es así, cambia y haz otra cosa. Normalmente trabajas ocho horas al día. Dedicar dos horas a hacer otra actividad. Si trabajas siempre sentado, ponte de pie. Si tu trabajo es intelectual, haz algún tipo de esfuerzo físico y tu cansancio se irá.

Aunque esto no es lo que el mundo llama recreación, sin embargo, al cambiar de tarea, puedes aliviar tu fatiga. Además, esto es algo que puedes organizar fácilmente. Dado que el principio de la recreación es

la renovación, el cambio de trabajo se ajusta a este requisito.

Pasatiempos

Hay muchas aficiones apropiadas para un cristiano. A algunos les agrada la fotografía; a otros les gusta criar un par de pajarillos; a otros, pintar. Todo esto es legítimo dentro del ámbito cristiano. A unos les fascina tocar el piano o componer canciones; otros practican manualidades. Cualquiera de estas cosas es apropiada.

Sin embargo, hay un principio que rige cualquier recreación: debes ser capaz de tomarla y dejarla. Si no puedes abandonarla, algo está mal. Por ejemplo, es inocente tomar fotos e investigar un poco sobre fotografía; pero no dejes que esto te absorba demasiado. Si estás bien en el curso espiritual, estas cosas no te estorbarán, pero sería incorrecto para ti sentir que *debes* tomar fotos.

Juegos

Hay muchos juegos de habilidad como ajedrez, juegos de pelota y deportes, que son recomendables. Aunque existe el elemento de la victoria y la derrota, sin embargo, no dejan de ser apropiados, porque ponen en juego la habilidad. Es bueno dejar que los niños practiquen tenis de mesa, baloncesto o fútbol.

No hay nada inherentemente pecaminoso en tales juegos.

Los padres deben ser más indulgentes con sus hijos en esas cosas. Es posible que las personas mayores no tengan tiempo para practicar deportes, pero no deben impedir que los jóvenes participen en este tipo de actividad. Es cierto que queremos que tengan su tiempo para el Señor, pero ellos también necesitan algo de recreación. Alegrémonos de que lo tengan.

Hasta ahora hemos mencionado cuatro tipos de recreación: descanso, cambio de actividad, pasatiempos y juegos. Todo esto es permisible para los cristianos. Pero un cristiano nunca debe dejarse dominar por ninguno de ellos. Estar bajo su control es un error.

3. Ayudarnos a trabajar

¿Por qué necesitamos recreación? Para ayudarnos a trabajar mejor. La recreación tiene un propósito; no es un fin en sí misma. No juego a la pelota solo porque me gusta jugar, sino para poder trabajar mejor. No duermo solo porque me encanta dormir, sino para poder trabajar mejor. No cultivo flores solo para disfrutar, sino para poder trabajar de manera eficiente. Estas cosas son permisibles porque nos ayudan a

trabajar mejor y a servir a Dios de mejor forma; pero nunca deben ser una perturbación para nosotros.

A veces vemos personas afanadas día y noche en una tarea. Si continúan así durante dos o tres semanas, su mente y su fuerza física se agotarán. Sería mejor para ellos pedir al Señor orientación sobre alguna forma de distracción. Después de trabajar siete u ocho horas, deberían cambiar de actividad. Esto tiene por objeto restaurarnos. Es aumentar, no disminuir, su eficiencia. Debido al refrigerio de la recreación, el trabajo puede hacerse mejor y así podremos servir a Dios de una manera más eficiente.

4. Los juegos de azar

Hay un requisito esencial en cuanto a qué juegos deben ser permitidos: ellos deben implicar habilidad. Ninguno debería ser mera suerte. Un juego es recomendable solo si depende de la habilidad, no del azar. Si requiere habilidad y azar, se convierte en un juego de azar. Si todo es casualidad y no hay habilidad, definitivamente es un juego de azar. Los dados son un juego de azar, y los cristianos no deben participar en él. Los jóvenes pueden jugar ajedrez y damas porque es una cuestión de habilidad, no de suerte.

5. Salud para el cuerpo

Toda recreación debe ser conveniente para el cuerpo. Este es un principio básico: la recreación debe beneficiar al cuerpo. Por lo tanto, antes de elegir un tipo de recreación, se debe considerar si es o no de provecho físico. Si la recreación daña el cuerpo, está violando un principio elemental, y es altamente cuestionable. Por ejemplo, si un hermano tiene tuberculosis, su recreación debe ser de naturaleza tal que no empeore su mal. O si una hermana tiene problemas cardíacos, puede requerir algo de recreación ligera para aliviar su fatiga sin afectar a su corazón.

Debemos comprender que todo nuestro cuerpo le pertenece al Señor. Si nos recreamos, es para el Señor, y si no lo hacemos, también es para el Señor. Nada es para nosotros mismos. Cuando tengamos recreación, hagámoslo por amor del Señor. Cuando no la tengamos, que sea también por Su causa. Ya sea que la tengamos o no, el principio es no dañar nuestro cuerpo.

Si la presencia o ausencia de recreación perjudica nuestro cuerpo, tendremos pérdida. No solo está mal que dañemos nuestro cuerpo con cosas inapropiadas; también está

mal hacerlo con tareas que son correctas. El cuerpo de un hijo de Dios no le pertenece a sí mismo. Por lo tanto, al considerar la recreación, siempre tenga en cuenta si ésta sería o no buena para el cuerpo. Si es buena, hazla; si no, abstente de ella. La cuestión no debe decidirse sobre la base de «me gusta» o «no me gusta».

Si una hermana con problemas cardíacos quiere participar en el juego de pelota que los demás están jugando, y lo hace, puede sufrir las consecuencias de ello. No está mal que los hermanos jueguen, pero está mal que esa hermana juegue.

Que todos los hijos de Dios vean que todo lo que hacemos es por servir al Señor. Si nos ocupamos en cierta actividad recreativa, nuestro propósito es servir mejor a Dios.

6. NO SER PIEDRA DE TROPIEZO

Como cristianos, debemos ser ejemplo en todo. Incluso en el tema de la recreación, no debemos ser un obstáculo para los demás. Vivimos para nuestros hermanos, así como para el Señor; no vivimos para nosotros mismos. Como cristianos somos influyentes, por lo cual debemos preocuparnos no solo por nosotros mismos, sino también por los demás.

No podemos murmurar y decir: «¿Por qué la gente nos mira?». ¿A quién más pueden mirar sino a nosotros? Por supuesto que nos mirarán. ¿Quién puede dejar de ver la ciudad que está edificada sobre un monte? ¿Quién no verá la luz sobre la montaña? No importa cómo nos sintamos nosotros mismos, debemos considerar cómo los hermanos y hermanas más jóvenes se verán afectados por nosotros. ¿Seremos tropiezo para ellos en las cosas que hacemos?

Somos hijos de Dios; hemos creído en el Señor. A partir de ahora debemos cultivar una sensibilidad delicada. Somos responsables no solo ante

Dios, sino también ante nuestros hermanos y hermanas.

7. Lo propio y lo impropio

Cualquier forma de recreación que los incrédulos juzguen inapropiada, los cristianos debemos evitarla. Debemos evitar aun ciertos tipos de recreación que ellos sí aprueban. Estas son dos reglas sobre la recreación en relación con los no creyentes. Lo que ellos desaprobaban, ciertamente no lo aceptamos. E incluso no podemos hacer cosas que ellos aprueban, como los bailes y los juegos de azar.

Traducido de *Spiritual Exercise*
Exercise Thirty-Six

Un encuentro con Dios

El evangelista D.L. Moody (1837-1899) contaba que unos creyentes enviaron tratados evangelísticos a hombres de la alta sociedad, miembros de un club importante de una ciudad americana.

Un tratado titulado: «*¡Despierte! ¡Tenga un encuentro con su Dios!*», fue enviado a uno de ellos, muy conocido por su vida disoluta. Éste pensó: «¿Quién tiene la insolencia de enviarme estas tonterías?». Furioso contra el desconocido remitente, se levantó para quemar el papel. Pero en ese momento se le ocurrió la idea de enviárselo a un amigo, como broma, para ver cómo reaccionaría.

El impreso fue recibido con desagrado. El destinatario iba a romper la hoja cuando sus ojos cayeron sobre el título: «*¡Despierte! ¡Tenga un encuentro con su Dios!*». Empezó a leerlo, y cuando terminó ya no quiso destruirlo. Su conciencia había sido alcanzada. Luego pensó en sus amigos incrédulos. El tratado volvió al correo, pero esta vez dirigido con buen motivo a otro amigo. Allí también el llamado de Dios alcanzó el corazón de otro lector.

LBS

La batalla del creyente en contra de ideologías seculares hostiles al evangelio de Cristo.

Apologética en la era de la posverdad

Ricardo Bravo

En los evangelios y cartas de Pablo se nos exhorta de manera frecuente a predicar y enseñar el evangelio, siendo tal vez el pasaje más citado aquél donde Jesús les da un mandato a sus discípulos, justo antes de su ascensión a los cielos: *«Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura»* (Mar. 16:15). Predicar el evangelio es sin duda alguna la principal labor que debe desarrollar todo creyente que sigue a Cristo. Este es el mandato fundamental.

Sin embargo, la Biblia también nos da un mandato de segundo orden, y se nos dice que debemos estar preparados para presentar defensa. ¿Pero defensa de qué? Debemos hacer defensa de la fe, de los fundamentos cristianos. La Escritura nos señala que hemos de presentar defensa de lo que hemos creído (1

Ped. 3:15), hemos de defender y confirmar el evangelio (Flp. 1:7), contender ardientemente por la fe (Jud. 1:3) y derribar argumentos que se levantan en contra del conocimiento de Dios (2 Cor. 10:4-5).

¿Es que Dios necesita ser defendido? Obviamente Dios no requiere defensa, pero quienes sí la necesitamos somos nosotros, los creyentes. Todo creyente libra una fuerte batalla en contra de filosofías y corrientes de pensamiento seculares que son hostiles al evangelio de Cristo. Y la batalla a veces continúa dentro de determinadas agrupaciones de creyentes, cuando se introducen enseñanzas que corrompen la sana doctrina.

La apologética entonces se entiende como la defensa de la fe cristiana, y tiene como propósito defender los principios y fundamentos del

evangelio y la enseñanza bíblica. Pero el practicar apologética no es un asunto que está destinado exclusivamente a los cristianos eruditos o a los teólogos. Todos los creyentes debemos saber cómo defender nuestra fe.

El apóstol Pablo lo señala en Filipenses 1:7: *«...en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia»*.

Por cierto que no todos hemos de ser expertos en apologética, pero todos deberíamos poder dar una explicación razonable de la fe cristiana cuando se nos pregunte, y defenderla si es necesario. ¿Qué creo? y ¿por qué lo creo?, es un ejercicio que debemos desarrollar para presentar defensa de nuestra fe, adecuada y firmemente, en un mundo que avanza más y más sobre mentiras, muchas de ellas aceptadas de forma deliberada, en esta era de la posverdad en la que nos toca vivir.

La era de la posverdad, uno de los últimos ataques masivos en contra de la fe

Tal ha sido el impacto mundial de este nuevo concepto llamado posverdad, que el prestigioso diccionario inglés de Oxford lo distinguió en 2016 como la palabra del año.

Pero la fuerza de la posverdad (o más bien de la mentira disfrazada como verdad) siguió pisando fuerte y a fines de 2017 la RAE (Real Academia Española de la Lengua) la incluyó en su diccionario, definiéndola así: «Posverdad = Distorsión deliberada de una realidad, con el fin de crear y modelar la opinión pública e influir en las actitudes sociales, en la que los hechos objetivos tienen menos influencia que las apelaciones a las emociones y a las creencias personales».

Ya desde 2003 la RAE venía reuniendo antecedentes de este neologismo llamado posverdad, y luego de 14 años decide aceptarlo como un concepto totalmente válido, el cual se instaló profundamente en la cultura hispano parlante. Los ingleses ya lo habían hecho un año antes.

Hoy, las redes sociales tienen un potencial técnico enorme para convertir en «verdad» cualquier mentira. Esto es gravísimo en el ámbito social y relacional de escuelas, universidades, empresas, iglesias, o de cualquier grupo humano. Casi todo el mundo cuenta hoy con un teléfono celular o tableta, lo que da acceso en tiempo real a eventuales noticias falsas, difamaciones o injurias acerca de las personas, de sus compañeros, familiares, etc. Parece in-

creíble, pero muy pocos se ocupan de indagar en fuentes primarias si una determinada noticia es o no correcta. Muchos jóvenes suelen decir que le creen más a Internet o a YouTube que a otra fuente. Son un referente para ellos en la era en la cual vivimos.

Esta era de la posverdad ya está generando consecuencias desastrosas. Un estudio pediátrico publicado en junio de 2019¹ señala que el suicidio es la segunda causa de muerte en EE.UU., entre adolescentes y jóvenes entre 10 y 18 años, siendo los 13 años la edad promedio de niños con ideas suicidas.

Según el Profesor de Psiquiatría de la Escuela de Medicina de Harvard, Dr. Gene Beresin, este grave problema del suicidio afecta a todas las edades, pero el grupo más vulnerable son los niños y los adolescentes. Los datos de los estudios realizados apuntan a dos variables como las principales causas; una es el aumento de la presión académica y la segunda, es la proliferación de redes sociales, donde abundan las injurias, calumnias y el 'ciberbullying'. No todos los niños y adolescentes tienen la madurez suficiente para soportar estos embates de mentiras difundidos a millones de teléfonos celulares.

¿Cómo defender la verdad en una era poblada de mentiras?

En la actualidad, la fe cristiana es la que más ataques recibe en el mundo, muy por encima del islamismo o del judaísmo. Uno de los mayores blancos de los ataques es el libro bíblico del Génesis. Esta es una estrategia fundamental de los enemigos de Cristo, porque si se destruye el Génesis, entonces se destruyen los orígenes, los fundamentos, y la propia estructura basal del evangelio (Gén. 3:15) queda muy fuertemente dañada.

Pero también quedan anuladas la creación del universo a partir de la nada, la creación de la Tierra como un planeta diseñado especialmente para albergar vida, la creación del ser humano a imagen de Dios, la creación de los seres vivos según su género. Todo esto último es explicado solo académicamente, a partir de teorías naturalistas, anulando la explicación bíblica.

Cuando cristianos liberales y sincretistas señalan que el libro de Génesis no es literal sino solo poesía, están ayudando fuertemente a esta estrategia enemiga de la posverdad. Pero Cristo avaló una y otra vez el Génesis como literal y no poético.

El Señor Jesucristo corroboró categóricamente el diluvio global como un hecho real (Luc. 17:26-27), avaló la creación especial y sobrenatural del hombre y la mujer al comienzo del proceso de creación (Mar. 10:6), y les dijo a sus discípulos que debían creer a los escritos del libro del Génesis, porque su autor (Moisés), escribió de Él (Juan 5:46-47). Cristo avala los hechos escritos en el Génesis como siendo dirigidos por el Espíritu Santo, y les dice «...de mí escribió él (Moisés). Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?».

Cristo señala aquí lo fundamental de los escritos del Génesis, porque Él fue el Creador de los portentosos hechos que allí se relatan, porque el Génesis relata la caída del ser humano en desobediencia, la cual arrastró a la Creación, y también nos relata la maravillosa promesa de su sacrificio redentor que reconcilia al ser humano con Dios. Todo ello constituye el contexto y las bases del evangelio. Sin este contexto, sin estas bases, el evangelio queda fuertemente debilitado.

¿Queremos creerle a Cristo? Necesariamente debemos creer los escritos del Génesis, porque este libro habla de Él. En el Nuevo Testamento existen más de 200 menciones a

citadas del Génesis, o a referencias del libro del Génesis, principalmente de los primeros once capítulos, donde la mayoría de ellas son referencias a situaciones reales, no poéticas ni figuradas.

Defensa y confirmación del Evangelio

Bíblicamente contamos con una referencia parecida a la que estamos describiendo para la iglesia de hoy. Fue experimentada por los creyentes de Éfeso en el primer siglo de nuestra era. Éfeso era una importante ciudad comercial y religiosa del imperio grecorromano, pero a la vez muy inmersa en las mentiras diabólicas de la inmoralidad y de las ciencias ocultas como camino hacia el conocimiento.

¿Cómo pudieron el apóstol Pablo y sus discípulos defender y confirmar el evangelio en Éfeso, siendo un ambiente tan hostil? En Hechos 19:1-7 se relata que los discípulos allí no habían confirmado su fe, ni sabían los rudimentos básicos del evangelio. En esas condiciones, los nuevos creyentes de Éfeso no podían defender adecuadamente su fe, ni confirmarla entre los hermanos.

La confirmación requiere obediencia e instrucción, pero la defensa utiliza otros métodos, porque se

enfrenta a una visión contraria y hostil al evangelio. Por tanto, se ha de estar equipado para una confrontación y discusión, pero entendida esta última como un intercambio pasivo de ideas, de opiniones, sin violencia ni agresividad, sino más bien con persuasión.

Todos los creyentes somos exhortados a participar en la defensa y confirmación del evangelio (Flp. 1:7), sostenidos por la gracia de Cristo, para fortalecer la fe, debiendo poner el foco de atención solo en el evangelio de Cristo y de su Palabra, y evitando caer en sincretismos entre evangelio, como verdad eterna e inmutable, y las teorías y filosofías humanas, fuertemente reduccionistas y en constante cambio.

¿Cómo aplicar la apologética?

La apologética comienza teniendo como base la autoridad de la palabra de Dios; por tanto, ha de ser una apologética bíblica. No se basa en el entendimiento imperfecto y restringido del ser humano (Rom. 1:21) para «verificar» la veracidad de la palabra de Dios; por el contrario, la asume desde el principio como la verdad única y completa.

La apologética bíblica no debe apoyarse en el conocimiento humano como autoridad absoluta, dado que

este conocimiento puede cambiar en función de nuevos descubrimientos. No obstante lo anterior, la apologética puede utilizar evidencias validadas científicamente, que consideren variados estudios, idealmente independientes, para que las hipótesis den lugar al conocimiento con base teórica real y no especulativa.

Por ejemplo, el cómo explicar la gran cantidad de agua del planeta Tierra, ha sido un gran problema para la ciencia desde siempre, y por mucho tiempo hubo hipótesis científicas altamente especulativas que señalaban que el agua de la Tierra había sido traída por meteoritos. Hoy, múltiples estudios afirman que el ciclo del agua es mucho más complejo de lo que se sabía, pero que solo está circunscrito a nuestro planeta (no intervienen meteoritos).

El hecho que nuestro planeta tenga muchísima agua en su superficie (los océanos y mares), y que a pesar del uso del agua en superficie, ésta siga permaneciendo, se explica porque va siendo renovada por agua que surge desde las profundidades abismales desde el centro de la Tierra, debido a la actividad tectónica volcánica^{2,3,4}. Entonces, estos nuevos hallazgos con información científica validada independientemente,

avalan fuertemente lo señalado en la Biblia acerca de la «rotura del gran abismo» (por actividad tectónica volcánica) desde donde fluye el agua hacia la superficie (Gén. 7:11).

La hipótesis del meteorito que habría traído el agua a la Tierra se basaba más en especulación que en datos corroborados científicamente. Las evidencias actuales tienden a concordar, de manera no forzada, lo que la Biblia señalaba desde hace miles de años acerca de cómo se inició el diluvio, y desde dónde provino esa enorme cantidad de agua que cubrió la Tierra, dado que los hallazgos actuales señalan que el agua bajo el manto terrestre sería unas 8 o 10 veces la existente en la superficie, sumando todos los océanos. Este solo hecho nos habla de la seguridad e infalibilidad de la palabra de Dios y de lo variables que pueden ser las teorías y explicaciones humanas.

La apologética apela también a la historicidad de los relatos bíblicos, respaldados por las evidencias arqueológicas; pero no se debiera dar más relevancia a estas evidencias que al relato bíblico, porque a veces también pueden fallar determinadas evidencias arqueológicas. La apologética bíblica siempre debe considerar a la palabra de Dios como la fuen-

te fundamental de conocimiento, aun si no se cuenta con evidencias respaldadas con conocimiento humano.

El apóstol Pablo con su discurso en Atenas nos da una pauta importante de cómo funciona la apologética. Luego de dominar su espíritu enardecido por la gran idolatría de los atenienses (Hech. 17:16-18), él discutía (argumentaba en defensa de la fe) en la sinagoga con judíos y piadosos, y en la plaza con filósofos griegos epicúreos y estoicos. Pero para argumentar adecuadamente a favor de la fe, él requería conocer a quienes tenía al frente; judíos, piadosos, epicúreos y estoicos tenían cada uno su propio sistema de creencias.

La Escritura citada no refiere explícitamente la discusión que tuvo con judíos y piadosos, pero sí entrega detalles respecto al diálogo con los pensadores griegos. Los filósofos epicúreos y estoicos se sintieron desafiados por el apóstol Pablo, a tal punto que lo tomaron y lo llevaron al areópago (17:19). No le consultaron si quería ir o no, simplemente lo tomaron y lo llevaron, sin darle tiempo para pedir algunos rollos de la Escritura que le permitiesen tal vez revisar pasajes claves, antes de dar su discurso.

El areópago griego era un tribunal donde se daban conferencias de muy alto nivel para los intelectuales de Atenas en Grecia. Hoy sería algo así como ser invitado a la célebre Universidad de Harvard de EE.UU., a dar una conferencia sobre nuestros fundamentos de fe.

Pero el apóstol Pablo sabía quiénes eran los epicúreos y los estoicos, conocía su cultura, su literatura, su forma de pensar, y en función de ello aborda la discusión. Ello sugiere que la estrategia argumental debiese estar en relación con quiénes serán los oyentes. Pablo les cita incluso a autores y poetas griegos. Toma parte de la cosmovisión errada de los griegos y sabiamente la dirige hacia el argumento que él les quiere presentar, cual es mostrarles al único Creador de todo y también al Redentor y Salvador Jesús.

El apóstol Pablo utiliza un argumento imposible de rebatir, al menos durante la primera parte de su discurso. Él les dice que les viene a presentar al Dios que ya adoran sin conocerle, puesto que había descubierto en uno de los santuarios un altar, entre un alto número de deidades griegas, el cual tenía la inscripción «*AL DIOS NO CONOCIDO*» (17:23). ¿Cómo poder rebatir esto? Él les dice «No les traigo nada nue-

vo, solo se trata del mismo Dios al que ya adoran». Pablo apunta aquí al razonamiento de los griegos en primer lugar para poder entrar con su discurso, y más adelante, les habla al corazón, cuando les hace el llamamiento (17:30-31).

El apóstol Pablo y la apologética bíblica

En Hechos 17, el apóstol Pablo da por asumido que Dios existe, que es todopoderoso, Creador de todo cuanto existe, y que es también nuestro Redentor y Salvador. No intenta mostrar pruebas acerca de Dios y de sus poderosos atributos, sino que los asume a priori. Tampoco usa una apologética basada en su testimonio, aunque esto lo hizo en otras instancias, como por ejemplo cuando hubo de defenderse ante el rey Agripa, relatando su testimonio de conversión, y diciéndole: «No fui rebelde a la visión celestial» (Hech. 26:19).

En su defensa de la fe ante los griegos, Pablo les muestra pasajes del Antiguo Testamento; les habla con la verdad, utilizando «...*la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios*» (Ef. 6:17). Esto es fundamental en el ejercicio apologético.

Una de las conclusiones a obtener de este profundo pasaje bíblico, es

que al llevar el mensaje de Cristo a no creyentes nos enfrentamos a cosmovisiones variadas, a distintos sistemas de creencias. El hombre no creyente está sumido en sus pecados y no puede entender las cosas espirituales (1 Cor. 2:14). Entonces, no importa cuán convincentes sean las evidencias o las razones lógicas que le pongamos delante, él simplemente no lo puede ver, ni lo puede entender, debido a su naturaleza caída.

Los argumentos evidenciales y racionales pueden ser necesarios en una primera etapa, para remecer los fundamentos errados de los no creyentes; pero esto es solo una herramienta inicial, solo un medio, nunca un fin. El fin será conducirlos a Cristo; pero ello solo ocurrirá por medio de la acción del Espíritu Santo en el corazón de las personas, y el que las personas se enfrenten a la espada del Espíritu, la palabra de Dios. Es de esta forma como llegan las buenas noticias del Evangelio.

El axioma primario de la apologética bíblica es que debemos asumir la existencia de Dios y su verdad eterna, sin cuestionamientos ni intentar probarlo. El que se acerca a Dios debe creer que Él existe (Heb. 11:6). Pero también las cuantiosas evidencias de diseño y propósito desde el

inmensurable universo (Salmos 8 y 19), hasta la fabulosa información codificada escrita en nuestros genes (Salmo 139), nos permiten conocer el excelso poder de Dios y su divinidad (Rom. 1:20).

Esto último da pie para una apologética que también considera evidencias, porque es la propia Escritura la que nos desafía en este sentido («...su eterno poder y deidad ... entendidas por medio de las cosas hechas...»). Sin embargo, no es para poner a prueba estas evidencias, sino para asumirlas como una verdad.

Apologética en el colegio y universidad

El fracaso, y la consecuente crisis de fe, que experimentan muchos estudiantes cristianos hoy se debe a que no se han planteado el cómo defender su fe, ¿qué creo y por qué lo creo? El secularismo académico les inculca que la Biblia es una recopilación de mitos, y la teología liberal les enseña que el Génesis es una colección de poesías y metáforas.

La enseñanza bíblica acerca del primer hombre Adán, como una persona histórica y real que trajo muerte y corrupción a la creación de Dios, es reemplazada con la versión evolutiva de la historia.

Es claro que los fundamentos de los jóvenes cristianos deben estar firmes para defender su fe y contrarrestar estos argumentos falaces opuestos a Cristo y su evangelio, los cuales deben ser derribados (2 Cor. 10:4-5).

El apóstol Pablo escribe en Romanos 1:20 que las pruebas de diseño en la naturaleza son tan abrumadoras, que todos están sin excusa. Sin embargo, los estudiantes son llevados a creer que un diseñador no es necesario para explicar el diseño en la naturaleza. Por su parte, los evolucionistas teístas niegan que la evolución sea esencialmente atea, pero la dinámica detrás de todas las teorías evolutivas es explicar todas las cosas solo en base a procesos naturales (Naturalismo metodológico), sin necesidad de la intervención sobrenatural de un Dios Creador.

Se ha reportado en los Estados Unidos que más del 90% de estudiantes de una universidad cristiana cambiaron su posición de creacionismo literal a la de la evolución teísta después de asistir a un curso sobre evolución⁵. Tal es la influencia de las teorías evolutivas naturalistas en los estudiantes, que si bien pueden estar en una muy fuerte crisis respecto a sus fundamentos, como lo están hoy^{6,7}, sus componentes ideoló-

gicos, respaldados por la academia, siguen siendo considerados como una verdad.

El propósito de la apologética es glorificar al Señor

Si bien uno de los objetivos secundarios de la apologética bíblica es eliminar las barreras intelectuales que les impiden a las personas no creyentes abrir su corazón a la verdad del evangelio y de Cristo, su objetivo principal y primario es glorificar al Señor. Por lo tanto, la apologética no es para competir en conocimiento con los hermanos. Tampoco es para apabullar a un eventual oponente no creyente, porque si bien se puede imponer el argumento apologético sobre el argumento secular, de nada servirá si la persona no creyente queda molesta o enojada por nuestro comportamiento agresivo. La defensa debe ser siempre con mansedumbre, con persuasión.

La defensa y el contender por la fe puede usar en ocasiones elementos culturales, filosóficos o científicos más o menos complejos, como lo hizo el apóstol Pablo frente a los filósofos griegos en Atenas, cuando les cita a sus autores clásicos, lo cual seguramente debe haber tomado por sorpresa a los epicúreos y estoicos presentes en el areópago. Pero

esto es solo un medio, si el Señor lo permite, dependiendo de las circunstancias. Nunca puede ser el propósito final.

El fin del discurso apologético es llevar la luz de Cristo y su evangelio a aquellos que se encuentran inmersos en tinieblas, enredados en marañas teóricas y filosóficas, las cuales son un camino de muerte, lejos de Cristo. Pero este difícil trabajo solo lo puede hacer el Espíritu Santo. La contienda, por tanto, no es intelectual ni de grados de conocimiento. Definitivamente, la batalla es espiritual.

El apóstol Pablo tenía un alto nivel de conocimiento secular y religioso, dominaba varios idiomas, era considerado un sabio de la época. Pero todo esto él lo miraba como basura, al lado de la excelencia del conocimiento de Cristo (Flp. 3:8).

Sin embargo, él, más de una vez, utilizó su conocimiento de idiomas o su vasta cultura, como lo hizo ante los filósofos griegos, hablándoles en griego y citándoles a sus propios autores, pero lo utilizó teniendo como fin el glorificar a Cristo, nunca buscando su vanagloria personal.

Por lo tanto, el practicar apologética es única y exclusivamente para glorificar al Señor. Quien la realiza no

puede llevarse un porcentaje de la gloria, porque aunque lo hubiésemos hecho todo, no somos más que siervos inútiles. Nada nos pertenece, todo es del Señor y para él.

Nuestros talentos, nuestras capacidades, nuestro conocimiento, etc., no son en realidad nuestros; todo nos lo ha dado el Señor. ¿De qué nos hemos de gloriar, entonces? Pero el enemigo es astuto, y suele mover en contra nuestra esta tendencia humana de buscar reconocimiento.

Con firme denuedo frente a la posverdad

Denuedo es una palabra que casi no se utiliza hoy, tal vez porque no cabe en una sociedad relativista y permisiva. Denuedo significa actuar o hablar con valentía, con coraje, con decisión. No cuadra muy bien hablar con denuedo en nuestra cultura actual de la posverdad, o donde se transan verdades por expresiones que son 'políticamente correctas'.

¿Cómo dar a conocer el evangelio en medio de una cultura inmersa en falacias filosóficas acerca de la vida, del ser humano y su sexualidad, etc., donde se le llama bueno a aquello que no lo es? La fuerte presión cultural anticristiana hoy, institucionalizada y validada por leyes, puede

generar una tendencia a no hablar el evangelio con denuedo, y a suavizar e incluso anular ciertos aspectos de la enseñanza bíblica que se aprecien como adversos o no acordes con los pensamientos modernos. Sin embargo para un cristiano siempre será imprescindible obedecer Dios y a su Palabra antes que a los hombres.

Es evidente que detrás de este fenómeno cultural y social llamado posverdad se encuentran las fuerzas malignas enemigas de Cristo y su verdad. Esto es fácil deducirlo a partir de la propia Escritura, la que nos dice que la verdad nos hará libres (Juan 8:32). La era de la posverdad, o la era de la mentira, es exactamente lo contrario, esclaviza al ser humano, y no puede sino ser obra del «padre de mentiras».

El suicidio adolescente en EE.UU., es una cruda realidad gestada en parte por la era de la posverdad; pero hay consecuencias más nefastas aún, como lo es el asesinato espiritual masivo, por negar o trastocar verdades bíblicas fundamentales.

Ante esto último, hacer defensa de la fe en nuestro tiempo no será opcional sino imperativo, aunque puede que se vaya haciendo cada vez más difícil. No obstante, no estamos

solos en esta batalla y tenemos una promesa gloriosa de la cual aferrarnos, aquella que pronunció el Señor antes de su ascensión al Padre: «...y *he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*» (Mat. 28:20).

Bibliografía

1. Burstein B., H. Agostino, B. Greenfield. 2019. Suicidal Attempts and Ideation among Children and Adolescents in US Emergency Departments, 2007-2015. JAMA Pediatrics. June, Volume 173, Number 6.
2. Schmandt B, S. Jacobsen, T. Becker, Z. Liu, K. Dueker. 2014. Dehydration melting at the top of the lower mantle. Science 344, 1265; DOI: 10.1126/science.1253358.
3. Garnero E. And A. McNamara. 2008. Structure and Dynamics of Earth's Lower Mantle. SCIENCE, Vol. 320, Pag. 626-628.
4. Pearson D. Et al. 2014. Hydrous mantle transition zone indicated by ringwoodite included within diamond. Nature. Vol. 507, pages 221-228.
5. Winslow M. J. Staver, & L. Scharmann. 2011. Evolution and personal religious belief: Christian university biology-related majors' search for reconciliation. Journal of Research in Science Teaching, 48(9), 1026-1049. Doi: 10.1002/tea.20417.
6. Denton M. 2016. Evolution: Still A Theory In Crisis. Edit. Discovery Inst. 354 pág.
7. Blute M. 2017. Three Modes of Evolution by Natural Selection and Drift: A New or an Extended Evolutionary Synthesis? Biol Theory, 12:67-71 DOI 10.1007/s13752-017-0264-8.

Cartas de nuestros lectores

Veinte años de Aguas Vivas

Grandes cosas ha hecho Dios con nosotros. En la obra del Señor, habéis dado ejemplo de constancia y fidelidad. En estos veinte años habréis pasado tribulación, apuros y a veces persecución. Habréis sembrado con lágrimas, llevando la preciosa Semilla; pero, con regocijo segaréis, trayendo Sus gavillas hasta el día glorioso de nuestro Señor Jesucristo. Nos unimos a vosotros en este regocijo que nos da por Su Santo Espíritu.

Cecilia y María Cecilia (España).

Provisión inagotable

Cuánto me alegro por los veinte años bendiciendo y edificando al cuerpo de Cristo con la publicación de Aguas Vivas. Celebro junto a ustedes la provisión abundante e inagotable del Señor. Siempre habrá alimento en Su mesa, y jamás se agotarán las aguas de Su manantial. Gracias por ser constantes en la distribución. Un abrazo fraternal para todos los hermanos.

Emilse Venturoli (Argentina).

Riquezas de Cristo

Agradecemos a nuestro Señor por la tarea que les ha encomendado de proclamar el evangelio y de edificar el cuerpo de Cristo por medio de la revista Aguas

Vivas. Gracias a ustedes por llevar a cabo esta misión con tanto cuidado, pureza y sencillez de corazón, al compartir con todos las riquezas que reciben de Cristo.

Ariel y Fernanda (Argentina).

Defensa de la fe

Damos gracias a nuestro bendito Dios por la revista Aguas Vivas, para edificación, consolación y preparación, con el propósito de defender sólidamente nuestro depósito de fe en medio de este mundo de tinieblas y apostasía. El Señor nos socorra en la gran comisión de la predicación del evangelio.

Rafael Gómez (Colombia).

Oasis en medio del desierto

En el año 2012 tuve la dicha de conocer a hermanos chilenos que impartieron la palabra de Dios en Cuba. Fue una de las experiencias más importantes de mi vida en Cristo, por lo que allí aprendí. Más tarde, empecé a recibir la revista Aguas Vivas. Imagino todo el trabajo y esfuerzo que conlleva su tarea. Esta revista es como un oasis en medio del desierto en que esta sociedad posmodernista, llena de falsos maestros, nos trata de agobiar. La revista ha traído mucha bendición a nuestra vida espiritual familiar.

Hebert Ramírez (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 96 · Enero a Abril 2020.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.